

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, pasage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 868.

SUMARIO.

El príncipe de La Tour d'Auvergne; grabado.—Excursiones veraniegas.—Importancia de la teología en el siglo XIX.

— La bandera de los bomberos de París; grabado. — El cable trasatlántico francés; grabados. — Revista de París. — Poesías. — La Nueva Caledonia; grabados. — Un incendio en Puerto-Said; grabados. — Curiosidad literaria. — El mayor general Fremont; grabado. — Las cercanías de París; grabado. — El Tesoro de Tarso; grabados. — El del capuz colorado. — El revolver Galand; grabado.

El príncipe

DE LA TOUR D'AUVERGNE.

Nada más cómodo que el apellido de La Tour d'Auvergne: bajo la monarquía pueden decirse sobrinos del gran Turena, bajo la república pueden llamarse los descendientes del primer granadero de Francia. Pero sea cual fuere el soberano á quien sirvan y el régimen que hayan elegido, permanecen fieles hasta el fin, aunque sea este fin el destierro y la desgracia.

El ministro actual de Negocios extranjeros, el príncipe Enrique de La Tour d'Auvergne, es uno de los miembros más jóvenes de la diplomacia francesa. Apenas representa treinta años, no obstante su robustez; su cabello y barba cortados muy cortos redondean su cabeza, cuyas facciones son finas y distinguidas; su sonrisa es franca, la expresión de sus ojos muy simpática. En nada se parece á su hermano Monseñor de Bourges, cuya cabeza es toda italiana, y que con su pelo y ojos negros y cútis anaranjado, es un hermoso tipo de prelado italiano.

Tampoco tiene ninguna semejanza con su otro hermano el príncipe Eduardo de La Tour d'Auvergne, el coronel, de una fisonomía tan enérgica, con los huesos y músculos de hierro. A estas tres ramas florecientes de

La Tour d'Auvergne se añadia una flor rosada y endoble, una hermana que ha arrebatado la muerte. La princesa Enriqueta de La Tour d'Auvergne era *canonesa* de los dos capítulos que sobreviven en Alemania, de esos orgullosos capítulos que no querían dar entrada á las hijas de la casa de Borbon, por causa de los enlaces desiguales de los reyes de Francia con los Médicis.

El príncipe Enrique de La Tour d'Auvergne hizo sus estudios en París, y el estudiante pasaba las vacaciones en la posesión de Saint-Paulet, cerca de Castelnaudary. Muerto su padre, Melchor de La Tour d'Auvergne, tuvo un sosten y un guía en su vida en la persona de su madre, que opuso un gran valor á todas las pruebas y supo siempre proteger á los suyos y conservar su rango, fuesen cuales quisieren las circunstancias. Así sucedió que sus salones fueron punto de reunión de la aristocracia y de la inteligencia: rodeaban á los tres jóvenes como si presintieran lo que serían un día, y apreciaban á la señora eminente que era su estrella, y que soportó tantas penalidades sin desfallecer y sin quejarse.

El príncipe de La Tour d'Auvergne, que se quedó viudo muy pronto, no tiene más que un hijo llamado Godofredo, que está dando ya las más brillantes esperanzas. Sea cual fuere la opinión de los partidos sobre los hombres políticos, hay una virtud que todo el mundo respeta, admira y alaba, y es la honradez: la del príncipe y su familia está por encima de toda alabanza y no es este un mérito común en la época que atravesamos.

D. L. G.

EXCURSIONES VERANIEGAS.

Amigo mío: Cumpliendo lo ofrecido en mi última, voy á describirle Hendaya y sus inmediaciones.

Entre el cabo de Higer, límite extremo del Jaizqui-



El príncipe de La Tour d'Auvergne, nuevo ministro de Negocios extranjeros de Francia.

vel, que nace en el lado Norte del puerto de Pasajes, y es el último extremo de la tierra española por la parte del Océano, y las dos famosas peñas conocidas con el nombre lúgubre de *las Tumbas*, y de las cuales me ocuparé mas adelante, forma el mar un gran semicírculo en donde las mansas olas vienen á morir extendiéndose como un velo azul ribeteado de plata sobre una playa de suavísimo declive y de menuda y dorada arena.

Por el lado Sur rompe el semicírculo el río Vidasoa que entra tranquilo en el mar despues de recorrer el pintoresco valle del Baztan, algunos de los pueblos de Cinco Villas de Navarra, sirviendo de frontera á Francia y España desde Enderlusa, pasando bajo los arcos del puente de Behovia, estrechando entre sus brazos la isla de los Faisanes, volviendo á retratar en sus aguas los arcos del puente viaducto donde se anudan las cintas de hierro del ferro-carril hispano-francés, y reflejando, finalmente, mas abajo los vetustos muros y edificios de Fuenterrabia, y las márgenes cortadas á pico que forman la costa hasta el ya antes indicado cabo de Higuer.

Pasado Irun hácia el mar, se abre un anchuroso espacio, cubierto de isletas de arena en la baja mar, pero que cuando la marea va subiendo, forma un lago como de cinco cuartos de legua en su parte mas larga, y de una media legua de anchura.

A la márgen izquierda de este grande espacio, rio abajo, ocupa una pequeña eminencia la ciudad guipuzcoana Fuenterrabia: á la márgen derecha, sobre otra eminencia, frente por frente de la poblacion española, asienta sus casas, y las ruinas de un castillo, la aldea francesa de Hendaya.

Las dos poblaciones se miran la una á la otra como dos centinelas avanzadas de ejércitos que se observan en tiempo de tregua.

La poblacion española conserva con cierta altivez propia del vencedor, enhiestos los muros robustos de torreones y feudal castillo, alta y orgullosa la torre de su iglesia.

Mas modesto Hendaya, asoma apenas por entre la verdura de algunos árboles frutales, las ruinas informes de su castillo totalmente destruido, y en la parte mas elevada el campanario humilde de la iglesia, pobre, pero muy aseada.

Entre huertos y árboles, sin alineacion, y contruidos al capricho, se agrupan en derredor del templo lindas casas de construccion moderna en su mayoría, presentando un conjunto alegre y jovial en contraposicion con la severidad casi sombría de los edificios solariegos de la ciudad española que cae enfrente.

La perspectiva que se goza desde Hendaya, es deliciosa en sumo grado.

Demos la espalda al mar, por el cual vuelan las barcas pescadoras con sus blancas velas, ora persiguiendo al ligero, al par que corpulento atun, ora cogiendo miles de sardinas con su lomo brillante de color azul y verde mar; ya el succulento salmon al subir al Vidasoa para depositar los huevos en sus límpidas aguas; ya finalmente la langosta, de tan repugnante aspecto como delicioso sabor.

Colocados pues de espaldas al mar, vemos en el primer plano á nuestro frente la estacion del ferro-carril, las casas de Irun y el último estribo de la cadena pirenaica occidental: en el segundo plano, la blanca é histórica ermita de san Marcial, encaramada sobre una abrupta eminencia, sepultura honrosa de muchos guerreros muertos en la famosa batalla de aquel nombre, último y desesperado esfuerzo de las tropas francesas en nuestra guerra de la Independencia; una série de colinas todas verdes, todas salpicadas de caserios, se extiende hasta el valle formado por la falda del Jaizquivel y el extremo de las citadas colinas: por el fondo del valle, y atravesando la divisoria del Urumea y del Vidasoa, se extiende la línea férrea que conduce á Francia; en los pliegues de esta série de colinas, se esconden Renteria y Lezo, Astigarraba y Oyarzun. En el último término ó plano, dibujan en el horizonte sus picos ondulados las altas cumbres del monte Haya, y sus puntas graníticas el colosal Larúm, todas envueltas y ocultas entre blancos vapores, cuando no están bañadas por los rayos del sol.

Mirando á la izquierda, se ve la tierra de Francia, la antigua Labort, la falda Norte del extremo de la cordillera fronteriza.

Vuelta la vista á la derecha, se ve durante la pleamar un magnífico lago azul surcado á todas horas por barquichuelos que conducen viajeros á Fuenterrabia y á Irun, ó desde estos puntos á Hendaya, ó de todos tres, gentes que van á bañarse al mar. Nada mas bello que este gran lago ribeteado de frondosos y verdes maizales, plantas gallardas cuyas largas hojas, balanceándose á impulsos de la brisa marina, parecen banderolas, flámulas y gallardetes. De entre esta mar de lozana vegetacion, y ya en segundo término, surgen blancos caserios de cuyos anchos tejados brotan columnas graciosas de humo, señal evidente de que debajo de aquel techado se condimenta la comida del pacífico labrador vascongado.

Luego, bajando hácia el mar, las límpidas aguas del lago reflejan los edificios de Fuenterrabia: por todo el contorno de las orillas del lago, en todas las puntas de tierra salientes, hay casitas blancas que cobijan á los vigilantes aduaneros franceses, y á los no menos vigilantes carabineros españoles.

Bandadas de alegres golondrinas y de blancas gaviotas revolotean rozando con las puntas de sus alas las aguas del lago; y de vez en cuando saltan fuera de la super-

ficie el plateado salmon ú otro pescado no menos sabroso.

Tampoco falta tal cual águila marina, ó bien la águila terrestre, que llegando ambas con raudo vuelo, la una desde el Océano, la otra de las rocas del Haya y del Larúm, cogen con fuertísimas garras el salmon que salta fuera del agua, y van á devorarlo tranquilamente á la arenisca márgen de una lengua de tierra de que nos ocuparemos en seguida.

Dando una vuelta sobre sí mismo, el espectador divisa á su izquierda el último declive del Jaizquivel que hunde su extremo en el mar formando el cabo de Higuer: poco antes de llegar á la punta aparecen las ruinas de un castillo edificado en el reinado de Felipe II, en uno de cuyos muros se lee la siguiente significativa inscripcion, que escrita en latin y traducida al castellano, dice así:

« Para la proteccion de la tierra contra piratas. »

Al frente se ve una série de colinas de arena, barrera que impide la invasión de las aguas del Océano: esta barrera se apoya en las altas colinas de la derecha, concluyendo enfrente del barrio llamado de *la marina* perteneciente á Fuenterrabia, y formando allí el canal donde se confunden las aguas del Vidasoa con las del mar.

A la parte opuesta de estas dunas, está la playa donde acuden los bañistas, y de la cual nos ocuparemos en breve.

En el último término está el anchuroso Océano confundiendo en el horizonte lejano con el cielo.

Por el lado derecho del espectador corre una muy alta loma, en cuyo promedio se divisa el castillo que imitando á los de la Edad media está construyendo M. D'Abbadie, miembro del Instituto francés, de cuyo edificio hablaré en otra carta.

Algo mas adelante concluye de una manera brusca la alta loma con una peña que, vista de la playa de los baños, se asemeja en proporciones gigantescas á la cabeza de la esfinge africana.

A alguna distancia se divisan, ya dentro del mar, dos enormes peñascos, parecidos á basamentos de columnas ciclópeas, conocidos con el nombre de *Tumbas*.

Este nombre lúgubre está perfectamente aplicado á aquellos dos peñascos separados entre sí, de aspecto siniestro, donde se cobijan los negros cuervos marinos, el gigantesco albatros y demás aves del mar al aproximarse las tempestades: el barco arrastrado á aquel punto por los huracanes, se pierde irremisiblemente sin que pueda valerle ningun socorro humano: y no es solo el barco el que se pierde, sino tambien los tripulantes.

Estos dos peñascos con el cabo de Higuer son los dos puntos extremos del semicírculo en donde está la playa de los baños.

Dudo mucho que en toda la costa del Océano cantábrico se encuentre una playa mejor que la de Ondarraiz.

El piso es suave como el de un salon cubierto de tupido tapiz: la playa es tan llana que pueden andarse doscientos metros mar adentro sin que el agua pase de la cintura, siendo por esta causa poco menos que imposibles las desgracias tan comunes en otras playas.

A la de Ondarraiz concurren á bañarse, no solo los que vivimos en Hendaya, sino tambien los habitantes de Fuenterrabia é Irun.

Como para ir á dicha playa hay que esperar la pleamar, es de ver cruzar la gran sábana de agua una infinidad de barcas, encaminándose á la lengua de arena de que dejo hecho mérito, para llegar á la orilla opuesta donde está la playa.

El pasaje cuesta un real de ida y otro de vuelta, y es una distraccion mas, pues es muy comun presenciar durante la travesía la caza de las aves marinas, que lanzándose rápidas al agua, salen con un pez en el pico ó en las garras.

En la playa hay un edificio con camarotes y ropas para los bañistas: sin ropa se pagan tres sueldos franceses; con ella, seis.

Hendaya es una lindísima y alegre aldea, que á pesar de su escasa importancia, tiene tres hoteles, entre ellos uno excelente, el llamado Internacional, con un bonito jardín y vistas al lago y á la estacion del ferro-carril. Hay varias casas con cuartos amueblados para alquilar á precios muy módicos, incluso el servicio, y los comestibles de buena calidad y muy baratos.

Un antiguo jefe de caballería, el conde de Polignac, que ha hecho varias campañas en la Argelia, ha construido un edificio de estilo moruno, y allí vive en compañía de su jóven, agraciada y muy amable esposa, nacida en la isla de Menorca.

El contraste que forma este edificio de mampostería, blanqueada con yeso y de una arquitectura *sui generis*, con los demás del pueblo, llama desde luego la atención.

Dando frente al lago, y por consiguiente mirando á Fuenterrabia, hay una balastrada, que al paso que sirve de mirador, forma uno de los lados del patio cuadrado, al estilo de los patios de Córdoba.

El interior está amueblado, por lo poco que he podido ver, con tapices morunos y muebles forrados con tejidos como los de nuestras mantas jerezanas.

Yataganes, puñales, pipas árabes, cuelgan de las paredes, campeando entre estos trofeos, dos retratos, uno del conde, y el otro de su esposa con mantilla española y una diadema roja, que sin duda deben usar las damas menorqueñas.

La iglesia del pueblo es pequeña, pobre, pero muy

aseada: en uno de los cuarteles del escudo de armas que hay sobre la puerta principal, se ven las cadenas de las armas de Navarra.

Nada mas encantador que el oír treinta voces de niñas y niños perfectamente afinadas, sustituyendo al órgano y cantando en la misa mayor.

El pueblo en masa contesta en vísperas á los salmos cantados por los curas.

La libertad absoluta de que aquí se goza, no la libertad política, sino la de pasearse con alpargatas en los piés y en mangas de camisa; la sencillez con que visten las mujeres, bañistas ó no, forma singular contraste con el lujo estúpido, digo mal, ridículo, que ostentan damas y caballeros en San Juan de Luz y Biarritz, Deva y San Sebastian.

Conozco una señorita madrileña que ha venido á baños á San Juan de Luz con catorce vestidos nuevos.

Si supieran ellas y ellos los *quolibets* y burlas sangrientas de que son objeto de parte de los franceses, á buen seguro que vendrian menos dispuestas á lucir ridículamente trajes *déplacés* en pueblos como estos en épocas de baños.

Los unos dicen:

— Estas no pueden ser señoras, sino mujeres entretenidas.

Otros dicen:

— Estas gentes pasan hambre todo el año en su país para aturdirnos con su lujo ridículo durante tres meses. Oímos decir á un labriego con mucha sorna:

— Yo quisiera ver la camisa que llevan puesta esas señoras en su tierra.

Todo esto lo he oído muchas veces y á personas de todas condiciones.

Afortunadamente en Hendaya no se ve lujo ninguno.

Si dan en venir españolas como las que concurren á otros puertecitos vecinos, tal vez se maleen estos baños, haciendo insoportable la estancia en ellos.

JOSÉ M. DE GOIZUETA.

Importancia de la teología

EN EL SIGLO XIX.

(Conclusion.—Véase el N° 866.)

Pero ¿cuál será su fundamento? Ella ha pensado, y con razon, que algo debe existir al fin de tan largo viaje, que de todos los principios se ha de deducir una última consecuencia, que todas las consecuencias deben llegar á un primer principio: ella, en una palabra, ha sentido al infinito en los confines de la ciencia. Pero ¿cuál es ese principio? ¿Dónde está el infinito?

¡Ah! desgraciadamente para la humanidad, existen en esta cuestion suprema dos soluciones distintas: la solucion racionalista y la solucion católica. Cuando la razon extraviada se puso á descifrar este enigma, abortó un error anticuado: su síntesis fué el panteísmo, y su infinito el yo. Largo seria entrar en la refutacion de ese sistema, cuyo origen se pierde en las sombras anteriores á la historia, y cuya vejez en vano quisieron encubrir los talentos de Hegel y Cousin. Todos saben que el panteísmo es una vasta confusion de lo infinito y lo finito, que se resuelve en una universal negacion, en un temeroso caos, donde una inteligencia desordenada hacina las ruinas del cielo y de la tierra.

Pero si el panteísmo nada resuelve con su vasto nihilismo, la teología católica todo lo aclara y explica. Basta recordar la ligera exposicion que de esta ciencia hice en el principio, para conocer que en ella está la satisfaccion amplísima de las necesidades de la razon. Solamente la teología tiene derecho á constituir esa vasta síntesis, porque en ella, como he dicho, tienen su fin todas las ciencias, y muchas de ellas sus fundamentales principios. Dando la verdadera y exacta nocion del Ser infinito, encierra en su ancho seno todas las especulaciones humanas, porque, en último resultado, la ciencia no es mas que la pronunciacion lenta y trabajosa del nombre incommunicable, la demostracion del ser por esencia, la ascension por lo finito hasta el infinito, el hombre elevándose á Dios. Ved si no todas las ciencias, mas ó menos directamente, como lo suponen. La metafísica tiene por fundamento su idea, las matemáticas se pierden en su seno, las ciencias naturales analizan su obra, admiran sus maravillas y se detienen ante sus misterios, y las ciencias morales, la ciencia del alma y del corazón no son sino un eterno discurso acerca de Dios. Por todas partes el espíritu llega hasta él, y es como la luz brillando sobre la cumbre de un monte, á la que se llega por todos los senderos. La teología coloca al infinito como última consecuencia, como primero y fundamental principio, y de este modo pone al fin de nuestro viaje un objeto especulativo en grado eminente, y práctico en eminentísimo grado; un objeto que absorbe nuestra actividad, no porque la destruya, sino porque la reconcentra en un acto perpétuo, tranquilo y sereno: llena, pero no aniquila el entendimiento y el corazón. Así es como, conservando al hombre en su esfera, perfeccionando siempre al finito, no alienta con peligro el orgullo humano, ni turba profundamente, como la solucion panteísta, el mundo de las ideas.

Ella es, pues, por su índole la clave de los adelantos intelectuales, la base del legítimo progreso. No tema la razón humana de su parte el mas liviano impedimento; por el contrario, con su alianza vencerá todos los obstáculos, con sus alas se remontará á todas las alturas, sondeará los mas hondos abismos, y alcanzará, en cuanto es posible en el mundo, la ciencia trascendental. No, mil veces no. La teología robustece, no debilita la razón. ¿Hasta cuándo durará la confusión de ideas sobre tan importante asunto? Si esta verdad llegara á aceptarse, comprenderían los que abogan por los exagerados derechos de la razón, que nada ni nadie es tan racionalista ni tan amante del verdadero progreso como la teología y los que militan bajo sus banderas.

Además, falta al siglo décimonono un sentimiento que encienda y fecundice su corazón. Desde que un hermoso y desgraciado genio disertó admirablemente *la indiferencia en materias de religión*, nadie puede engañarse acerca de la mas honda dolencia de nuestro siglo. Sin duda también el hecho característico, el hecho inmenso de la moderna civilización es el resfriamiento de su corazón, que hay en él otra enfermedad además de la que debilita su entendimiento.

Salta, en efecto, á la vista, considerando la vida de las modernas sociedades, ese culto exagerado de la inteligencia en perjuicio del sentimiento; esa actividad febril que precipita la existencia del alma, absorba en una investigación continua, olvidada de las delicias espirituales, cual si temiera sentir menguar en ellas la pujanza que necesita para seguir adelante; esa frialdad, escondida bajo la despreocupación, hija legítima de la soberbia, que prohíbe todo arranque de simpatía, de admiración y de entusiasmo; la exagerada igualdad de todos los derechos que ha traído consigo, con la nivelación de las jerarquías, la nivelación de todas las ideas y de las mas altas instituciones; ese egoísmo, que, cerrando el corazón, sustituye en la sociedad los vínculos naturales del afecto y el amor con los del cálculo y el interés; esa tolerancia petulante y orgullosa, que concede protección á todas las verdades y llama hasta las mas excelsas ante su razón para juzgarlas con incomprendible indiferencia; esa esclavitud, en fin, del alma, en la cual la utilidad regula y dirige la espontaneidad de la inspiración. Todo se resiente de esa falta de sentimiento; el arte bajo su múltiple forma, nuestras costumbres, nuestras instituciones, y en una palabra, nuestra civilización. Esta es brillante, grandiosa; pero exageradamente severa, pálida, privada de esa exuberancia de vida, de ese vigor fecundo que comunican las nobles y generosas pasiones del ser racional.

Mas advirtamos que solo un sentimiento puede calentar el corazón de una sociedad, porque solo él es suficientemente grande y poderoso para cundir, lejos de perderse, en el comercio de los espíritus, y despertar á su impulso todas las nobles aspiraciones. Este sentimiento, cuya ausencia es síntoma temible, es el religioso, savia fecundante de todas las civilizaciones, base fundamental de los mas robustos imperios.

Si tan alarmante es la pérdida de ese sentimiento, y en las sociedades modernas se debilita, es evidente la urgencia de su rehabilitación, á no ser que el racionalismo encuentre en el progreso un estado en el cual el mundo pueda pasarse sin Dios, invención que ciertamente sería muy peregrina. Ese sentimiento es el catolicismo; ¿y qué es la teología sino su forma científica, su explicación y desarrollo racional?

Y si es una ley del mundo moral el poderoso influjo del corazón en las esferas de la inteligencia, consideremos el servicio que hoy puede prestar á la causa de la humanidad el sentimiento, armonizado con la razón, en el seno de la teología. Él puede reformar la ciencia, y sustituir á la universal influencia del egoísmo la universal y saludable influencia de la fe. ¡La fe! ¡Cuántas prevenciones se despiertan al escuchar esa palabra! ¡Como si el imperio de una idea no pesara siempre sobre la razón, envolviéndola y siendo pasto del alma, como idea y como sentimiento! ¡Como si el hombre no obedeciera siempre á un principio mas ó menos oculto, norma de su conducta, que traza á su alrededor un extenso círculo donde se mueven holgadamente todas sus potencias! Unas veces ese imperio es el de las preocupaciones, otras del egoísmo, otras de la religión: todos forman como la atmósfera del alma, todos son fe. Mas á cualquiera se le alcanzan las ventajas de la católica: ninguna es tan suave y tan conforme con la naturaleza del hombre; ninguna como ella armoniza la razón, el corazón y la imaginación, que es sin duda la mas difícil de todas las armonías, la mas laboriosa de las conquistas humanas.

Precisamente la adquisición de ese bien debe ser el óptimo fruto de los trabajos del espíritu. Porque se engaña la razón si cree que su destino en el mundo es vivir para la inteligencia, multiplicar sus fuerzas y hacer orgullosa ostentación de su poder. Pensar así es errar peligrosamente, desconocerse á sí misma, y confundir el fin con los medios puestos á su alcance para conseguirlo. Su destino es mas grande y elevado. Es tomar al ser racional con las aspiraciones de su inteligencia, con las inclinaciones de su corazón, con sus instintos sublimes y torpes deseos, y armonizar sus opuestas tendencias, sus movimientos contradictorios; encerrar en el verdadero cauce las facultades que se desbordan, y marcando á cada una su objeto, hacerlas concurrir á un fin general, que, en último resultado, no es otro que la armonía de la libertad humana con las eternas leyes de la providencia. Debe, sobre todo, habiendo satisfecho ya las necesidades legítimas, dirigir

por ciertos rumbos á su verdadero objeto, esa otra aspiración suprema, fruto de todas las parciales aspiraciones, que se despierta imperiosa y solemne, conmoviendo profundamente al espíritu inmortal; la aspiración al infinito. Que no es cuerdo ni justo fraccionar el ser moral y lanzar á la inteligencia en alas de una imaginación ardiente sin el contrapeso del sentimiento; que es altamente peligroso hacer latir el pecho humano bajo la impresión del orgullo mientras el pensamiento despliega su actividad; que es fin contra la naturaleza secar esa constante fuente de salvación, aniquilar ese último criterio del instinto, olvidándose de que la filosofía que no se apoya en el corazón, no edifica sino que destruye.

Solamente á ese precio la ciencia será un bien, será útil y gloriosa, porque tendrá un fin práctico y conforme por consiguiente con la naturaleza del hombre. Solo así, después de llenar prudentemente el deseo de saber y la necesidad de sentir lo mismo que se sabe, fecundará la ciencia una sociedad y constituirá la verdadera civilización, aquella civilización, que, según Balmes, ese hombre insigne, ornamento glorioso de nuestra patria y honra de la razón, consiste en la mayor inteligencia, moralidad y bienestar posibles del mayor número posible. ¿Podrá acaso llevarse á feliz término tan hermosa obra sin la teología? No: ¿pues qué es lo que acabo de describir sino su eficaz acción en el mundo moral? Ella es la armonía de la razón con la fe ó del pensamiento de Dios con el pensamiento del hombre, esa idea admirable que formularon en ciencia Orígenes, san Agustín, Santo Tomás y Bossuet; en inefables delicias espirituales san Buenaventura, Kempis y Santa Teresa; en el arte de las maravillas, Rafael, Miguel Ángel, Herrera, Murillo; en cantares admirables y eternos Dante, Milton, el Tasso; en pensamientos de ángel san Francisco de Sales, san Vicente de Paul, Rancé; en gigantes y grandiosos proyectos Gregorio VII, Inocencio III, Julió II y Pío IX.

Por último, como resultado inmediato de esa divagación de los espíritus, que he señalado como carácter general de la época presente, se observa en nuestros días en la práctica la misma incertidumbre que en las teorías: las sociedades, entregadas á violentas y continuas oscilaciones, son una elocuente prueba de la duda general acerca de los principios fundamentales. El racionalismo ha abortado en nuestro siglo diferentes teorías mas ó menos irracionales y utópicas; ha ofrecido á los pueblos varios modos de existir, en los que la novedad llegó hasta presentar nuevas bases para la conciencia, para la familia y para la sociedad, y pensó con candidez en la verdad de su realización, poniéndose audazmente á practicarlas.

Y sin embargo, fuerza es confesar que en esto como en todo la verdad es una, y por consiguiente, unos han de ser los verdaderos fundamentos del orden social. Fácil empresa sería la elección de la única teoría que los contiene si se presentaran en concurso todas las que aspiran á ese elevado rango. Una existe que hace diez y nueve siglos viene sirviendo de base al mundo, regenerando y elaborando lenta, pero seguramente ese grandioso edificio llamado civilización europea. Ciertamente esa teoría no alegara tan extraña y prodigiosa antigüedad si no se adaptara perfectamente á la naturaleza, aspiraciones y facultades del ser racional; si no fuera la práctica fiel de un orden especulativo, la realización de una idea, ó mejor dicho, de un orden de ideas vasto y comprensivo de todas las necesidades del hombre y de la sociedad en las varias facetas de su existencia; si no fuera, en fin, la manifestación viviente, la personificación de una ciencia que abraza en sus especulaciones todas las armonías del orden moral, que sin ella serian, como fueron cuando se la abandonó, fatales disonancias. Ya se deja entender, que hablo de la teología, de esa ciencia que, como hemos visto, comprende el orden social, porque contiene en sus dominios el religioso, el moral, el intelectual, cuyas grandes manifestaciones constituyen la vida de las sociedades.

Se ha dicho, es cierto, que el cristianismo es antiguo, que ha pasado, y que á un grado mayor de civilización corresponde un orden social distinto. Pero el buen sentido del mundo, diré mas, su instinto de conservación, ha rechazado esas declamaciones, que pasaron con los nuevos sistemas, sin dejar rastro en la sociedad, ni de su caída, ni de su aparición. Y si la avidez de progreso que hoy nos posee las ha condenado, seguramente no serán un adelanto.

Forzoso es concluir, y contentarse con una ligera exposición de los tres gravísimos puntos que rápidamente he desenvuelto para desarrollar mi tesis.

Hemos visto á la teología con sus grandes enseñanzas, con sus importantes soluciones y aplicaciones universales, con su carácter divino y humano á la vez, responder admirablemente á las necesidades de este siglo, que, bien mirado, las tiene imperiosísimas y urgentes: la hemos visto, con su aptitud para robustecer el espíritu humano, llenar con creces esa aspiración sublime que hoy mas que nunca conmueve las inteligencias é imprime raudo vuelo á la ciencia humana: la hemos visto, dándole la verdadera noción de su destino, ofrecerle su auxilio para equilibrar las facultades del hombre, fecundando el corazón, árido y desecado por los vientos del orgullo y de la indiferencia: la hemos visto, en fin, encerrando la vida de la sociedad, brindarse á la razón moderna para desarrollar y llevar á feliz término la civilización católica.

¡Ojalá que libres los entendimientos de preocupaciones añejas y de bastardas convicciones aceptarán la única doctrina que puede llevarlos al hermoso término

que hoy agita á las almas generosas; á conquistar un dichoso porvenir; ¡El porvenir! ¡Qué honda sensación estremece el alma ante ese enigma insondable! Una secreta y poderosa simpatía dirige hoy todas las miradas hácia sus profundos misterios: no sé qué inquietador presentimiento atormenta al corazón mientras la duda turba la inteligencia cuando en él se fija la vista.

Sin duda, diré sirviéndome del tecnicismo de los sansimonianos, estamos en una época crítica, tras de la que avanza á grandes pasos la época orgánica; ¿pero en qué sentido? ¿cuál será ese organismo? La idea precede al hecho, y si por fortuna todas las teorías no pueden resolverse en práctica, siempre será ese terreno el reflejo del espíritu. Así pues, lo que sea la razón del hombre, lo que comprenda su ciencia, eso serán las futuras generaciones. Difícilmente se torcerá en adelante el rumbo que hoy se imprima al pensamiento: no será ya tiempo de retroceder si es malo, y en vano serán, si es bueno, los esfuerzos del racionalismo devastado. Hé aquí por qué nuestro siglo es grande: su importancia consiste en que debe fijar los supremos destinos: el porvenir será lo que él sea. Que no le asuste su tremenda responsabilidad. La empresa es árdua, mas no imposible. En su seno lleva con la herencia de los últimos siglos la herencia de la humanidad: ella lo llena todo, y con ella todo se alcanza; porque es un hecho gigante en la historia, una convicción eterna en la conciencia, una idea luminosa en la filosofía. Que acepte, pues, la teología; que se arroje en sus amantes brazos, y ella calmará las angustias de su razón y ella enjugará sus lágrimas.

Solamente el siglo XIX será grande y glorioso cuando sea un siglo teológico. Recordemos, que esos siglos, como el IV, el V, el XIII y XVII, ocuparon un lugar distinguido en la historia por sus grandes caracteres, sus importantes instituciones, su unidad de espíritu y robustez de pensamiento. Todo anuncia entre nosotros una época teológica: la importancia de las cuestiones que se plantean, las angustias de la razón en presencia de ellas, y una voz autorizada, poderosa, unánime, la voz de la ciencia, que se levanta pidiendo un orden sobrenatural como única salvación del mundo, combatido por la filosofía y amenazado por la revolución social. ¿Pero llegará esto á verificarse? ¿Será nuestro siglo teológico?

¡Oh, qué magnífico porvenir si de este modo aconteciera! Los esfuerzos del pensamiento premiados con la evidencia de la esperanza; la ciencia abrazada con la religión, tendida como fácil sendero entre el cielo y la tierra; el genio, hecho quizá patrimonio de muchos por la facilidad de la intuición, tocando las fronteras de la ciencia humana, y arrodillado en esos límites, con el pecho encendido y vislumbrando su mente océanos de luz, confesar á Dios como Santo Tomás, como Newton, como Pascal. La práctica, armonizada con la teoría, ofreciera en ese caso la superabundancia de paz y felicidad existentes en las regiones del espíritu, y una ciencia completa en cuanto alcanzamos, verdaderamente racional y armónica, produciría, no lo dudemos, una civilización rica, poderosa y perfecta.

Así, después de reformar el presente, aseguraría ese porvenir, que buscan en vano por tan extrañas sendas las escuelas panteístas. Tal será, si se la acepta, la obra de la teología en el siglo XIX. Júzguese ahora de su importancia. He dicho.

RAFAEL CONDE Y LUQUE.

La bandera de los bomberos de Paris.

El cuerpo de los bomberos de Paris, tan útil por los servicios que presta á la ciudad, no tenia hasta hoy la honra de poseer una bandera, y esta privación debía ser muy penosa para esas compañías que pueden considerarse como en campaña perpétua.

Hace quince meses el general Ulric cuando pasó revista á esta tropa distinguida, echó de ver tan sensible olvido y pidió una bandera para este cuerpo que está dispuesto siempre á cumplir intrépidamente con sus deberes.

La petición del general tuvo buen resultado, y el sábado 31 de julio se hizo la entrega de la bandera á las ocho de la mañana en la plaza de los Inválidos.

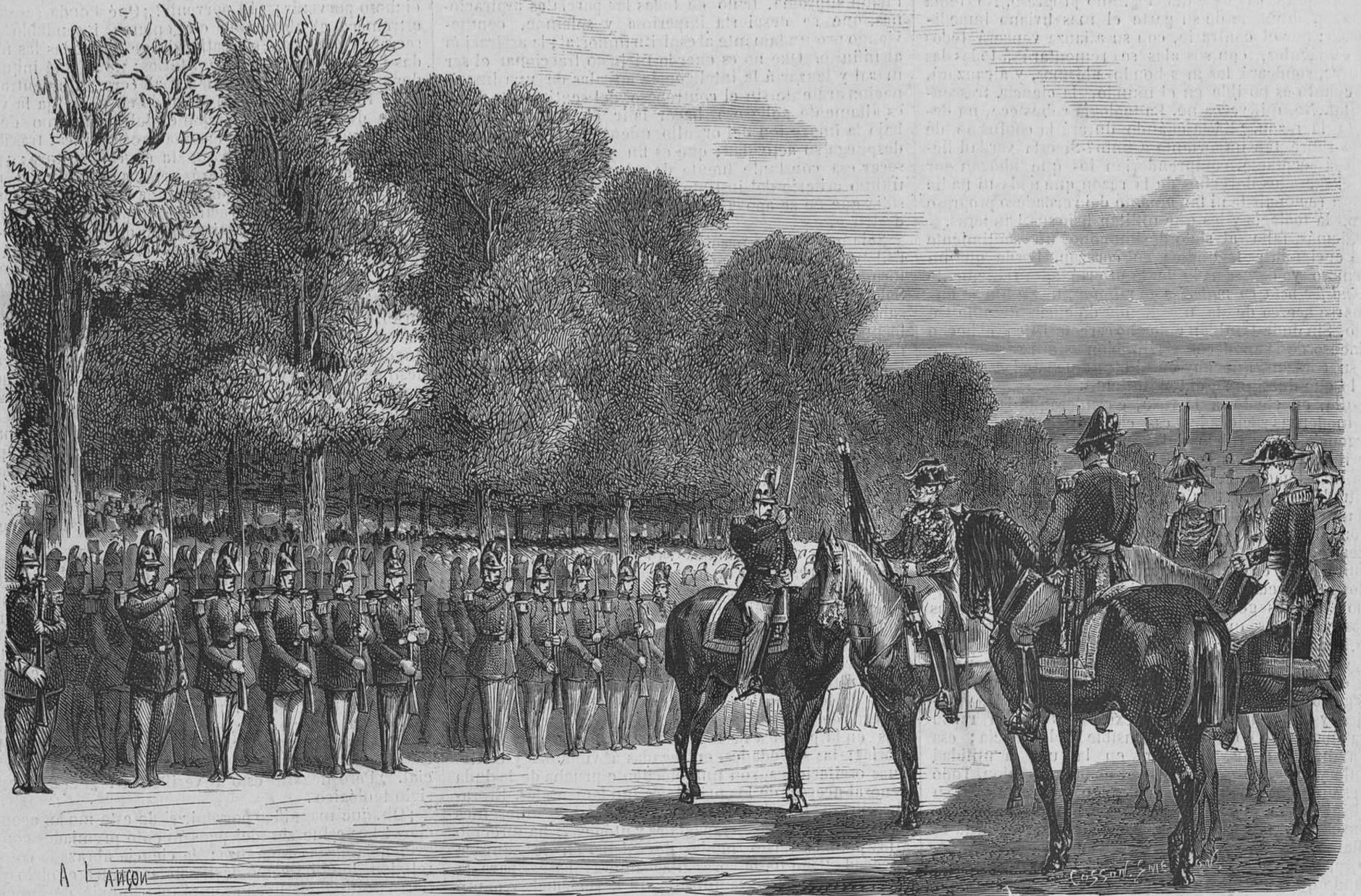
Las compañías se reunieron á las siete y media bajo el mando del coronel Willerme, rodeado de sus oficiales superiores.

El mariscal Canrobert, comandante de la primera división militar, llegó á las ocho y cuarto, acompañado del general Soumain, comandante de la plaza de Paris, y de todos los oficiales de estado-mayor, escoltados por un destacamento de cazadores de caballería; un subteniente llevaba la bandera.

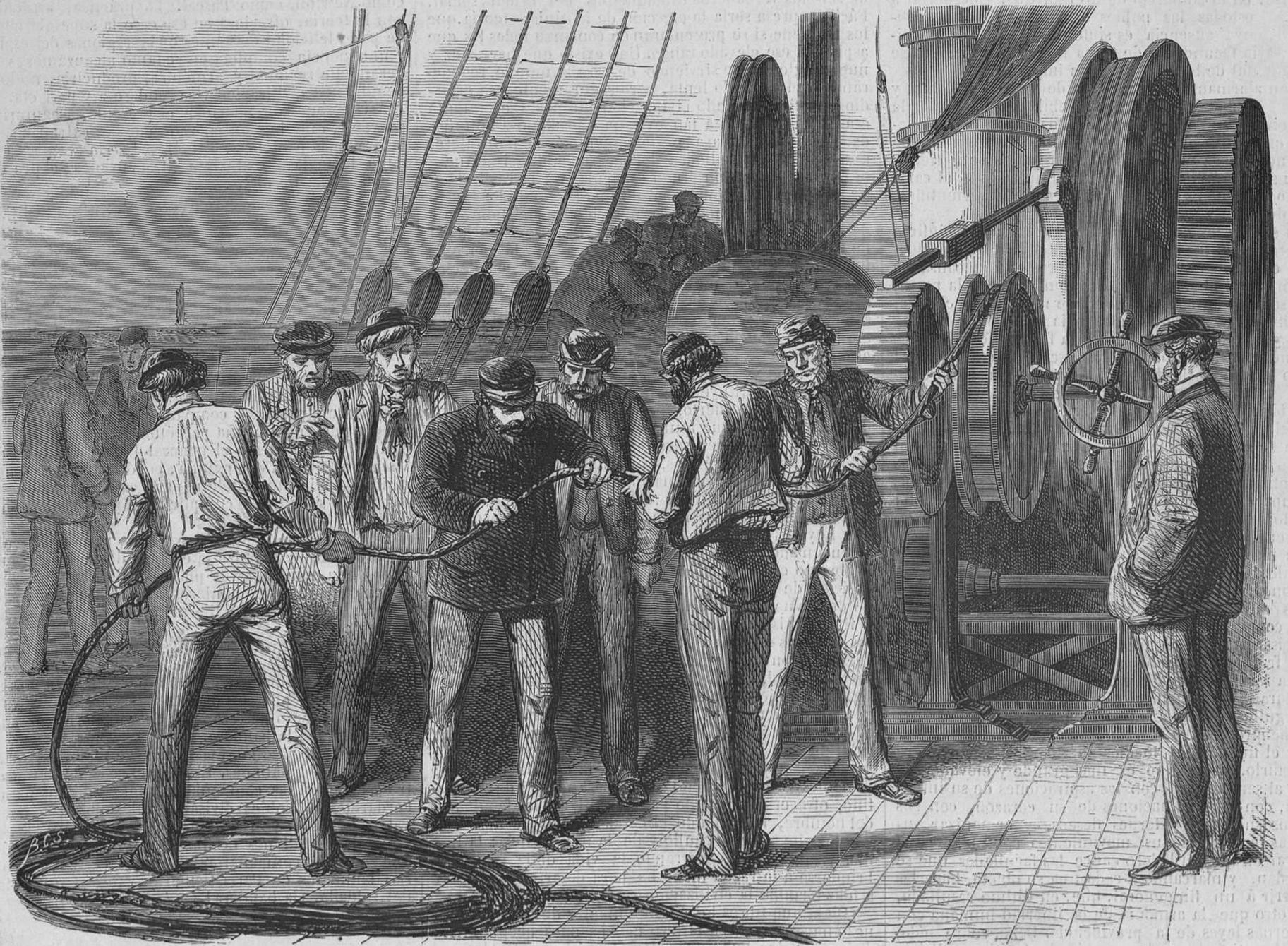
El mariscal pasó la revista y luego mandó formar en masa los dos batallones. El coronel se colocó en el centro y dirigió á las compañías algunas palabras para recordarlas las nobles divisas escritas en la bandera: valor, adhesión y disciplina.

Los dos batallones desfilaron después con su música á la cabeza y acompañaron la bandera á casa del coronel. Los bomberos de Paris tienen ya pues el estimulante del soldado, ¡la bandera!

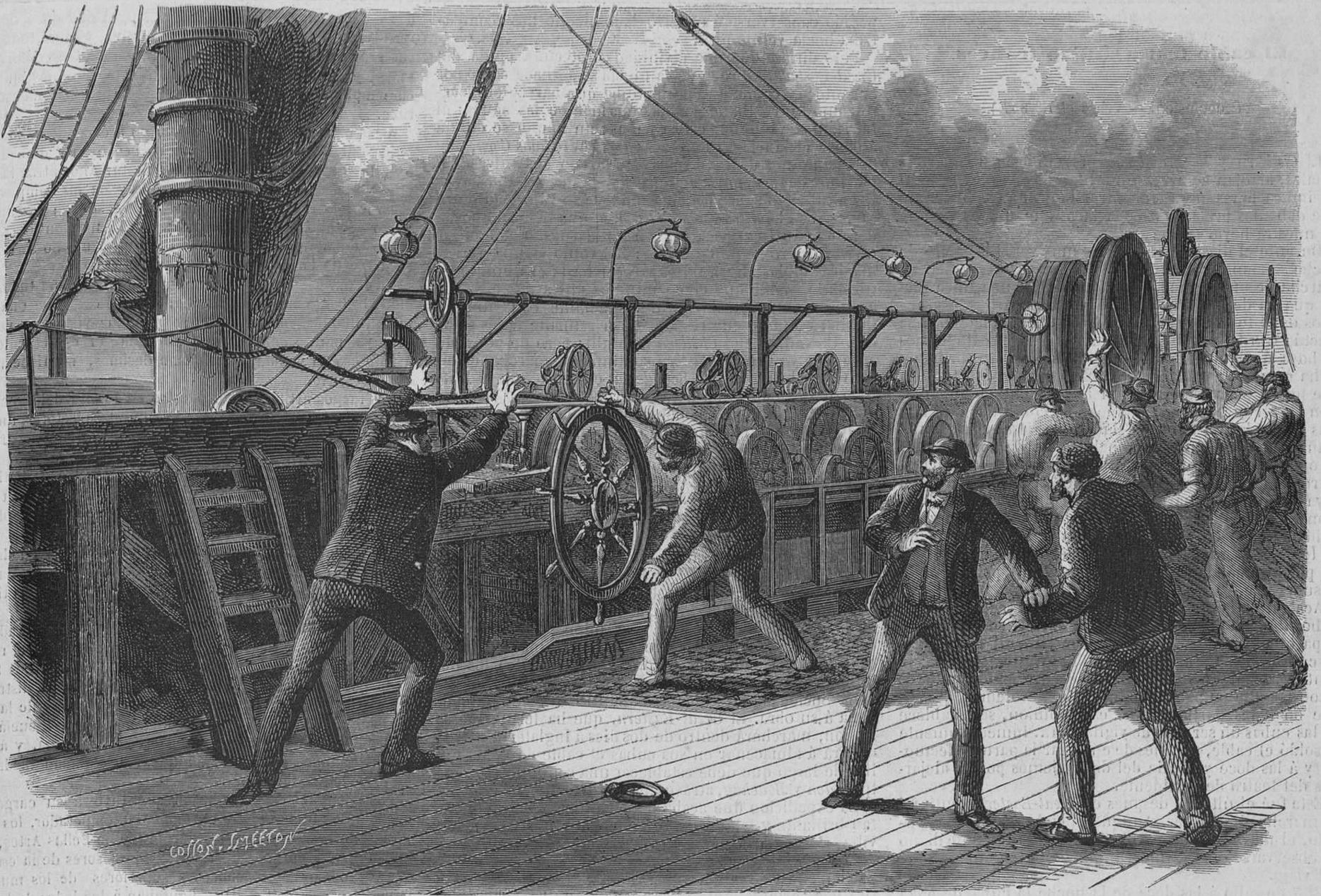
L. C.



Entrega de una bandera a los bomberos de Paris.



Cable trasatlántico francés. — Exámen de la parte defectuosa del cable.



Cable trasatlántico francés. — Ruptura del cable.



Soldadura del cable.

El cable trasatlántico francés.

(Conclusion. — Véase el N° 867.)

El *Chiltern* y la *Scanderia*, prevenidos por nuestras señales, arrojan á su vez otras dos boyas que servirán de indicaciones para encontrar la primera. Ahora lo que debemos procurar es apartarnos lo menos posible de nuestra boya.

Durante el día la maniobra es muy sencilla; pero de noche se complica mucho. El buque debe arreglar su marcha de modo que se mantenga sobre una línea recta, que ha de recorrer alternativamente en los dos sentidos opuestos de tres en tres horas. Esta maniobra se efectúa con tal precisión, que al amanecer distinguimos la boya á algunos centenares de metros. La tormenta se ha calmado; pero el oleaje es aun muy fuerte para que pueda pensarse en arrojar al mar alguna embarcación; y así sucede que tenemos que continuar nuestras idas y venidas hasta el día siguiente. Finalmente, en la mañana del 2 de julio todo peligro ha desaparecido, y entonces se arroja un bote que lleva una amarra cuya extremidad queda sujeta al buque. El bote llega á la boya: uno de los marineros salta con una agilidad de mono á lo alto del enorme globo de hierro batido y ata sólidamente la amarra á la cadena del cable: este no ha tenido avería; un grito de alegría se escapa de todos los pechos cuando aparece su extremidad por fuera de la superficie.

Acaban de izarle á bordo, mientras el capitán toma la boya á remolque, y á las pocas brazas se encuentra la parte defectuosa. El estupor es general cuando se descubre que la falta que ha causado este tercer accidente es igual á las anteriores. Esta vez parecen tener razon los que culpan de todo á la malevolencia, y aunque no todos participan de esta opinion, se establece en las cubas un servicio de vigilancia... Inmediatamente se soldó el cable, despues de eliminar la parte defectuosa, y á las doce y media del día podemos por fin alejarnos del teatro del accidente.

Este fué el último; despues el *Great-Eastern* continuó su marcha sin averías. Aunque el cielo seguía encapotado, el mar estaba magnífico y ningún accidente digno de observarse vino á interrumpir ya la feliz monotonía del viaje.

El 7 de julio á las doce de la noche la cuba de popa estaba vacía y se principiaba el desarrollo del cable en la cuba principal. El buque aligerado, perdía la estabilidad que tenía á la salida, y fué preciso disminuir la velocidad de la marcha. El 8 llegáramos á la mayor profundidad que debíamos encontrar en nuestra travesía: 2,760 brazas (4,970 metros) y luego el fondo se eleva considerablemente. Dos días despues teníamos asegurado el éxito de la expedición, pues navegáramos en parajes donde la ruptura del cable sería un accidente sin gravedad.

El 10 de julio en la noche estábamos al Sur del banco de Terranova, en el punto en que nuestro itinerario cambia bruscamente de dirección para subir hácia el noroeste, prolongando el límite occidental del banco. Todo nos anuncia que nos acercamos á esas costas inhospitalarias donde reina, digámoslo así, un invierno perpétuo.

Aunque brillaba el sol, una brisa áspera enfriaba el aire hasta tal punto, que el termómetro no marcaba mas de 10 grados sobre cero; por la tarde las ráfagas eran glaciales; temíamos la proximidad de algunos de esos *icebergs* que tan frecuentemente se encuentran en el verano en esos sitios.

Se da orden á la *Scanderia* para que pase delante en exploración; pero por fortuna ningún obstáculo nos ataja el paso.

El 11 de julio entramos en la región de las nieblas: parece que navegamos en el seno de una nube y nos es imposible distinguir los objetos de un extremo á otro del buque.

El *Chiltern* y la *Scanderia* han desaparecido, y únicamente el silbido del vapor nos anuncia su presencia. Afortunadamente la atmósfera se despeja á eso de medio día y entonces se puede comprobar la posición del buque: no nos hemos desviado de nuestro itinerario y, á menos de alguna avería, mañana llegaremos al punto donde debe esperarnos el *William Cory*, despues de haber concluido la colocación del cable costero de Saint-Pierre.

Un despacho del *Great-Eastern*, enviado de Brest á Terranova por el cable anglo-americano había señalado nuestra presencia, y por la misma vía nos respondieron que todo estaba pronto y que nos esperaban: en el mismo día estos dos despachos atravesaron cada uno dos veces la anchura del Océano, esto es, mas de 6,000 kilómetros, para llegar á su destino.

Sin embargo, la atmósfera, que había estado despejada por la noche, se había vuelto á cargar de vapor en la mañana, y á las ocho nos rodeaba una densa niebla. Ni los sonidos de los silbidos del vapor atraviesan fácilmente aquella atmósfera. A las nueve de la mañana observamos que el *Chiltern* interrumpe sus señales. Se disparan dos cañonazos, que se quedan sin respuesta; sin duda nuestro compañero de camino se ha extraviado. Continuamos nuestra marcha; pero cuanto mas adelantamos mas se aumenta el apuro de la situación: ¿cómo encontrar en medio de aquellas blancas tinieblas al buque que viene á nuestro encuentro, cuando no ha

podido conservarse á nuestro lado el que nos acompañaba hacia veinte días?

Pero diríase que una divinidad protectora cuida del *Great-Eastern*. De repente la niebla se deshace como por encanto; se condensa en una nube que parece deslizarse como un cortinaje por la superficie de las aguas; el horizonte se ensancha mas y mas; un buque se dibuja á cierta distancia de nosotros; es el *Williams Cory*, que en cuanto nos distingue nos saluda con sus salvas. Un poco mas lejos una pequeña goleta de esbelta forma llega saltando sobre las olas con toda la velocidad de su hélice. Es el aviso inglés el *Gulnax*, que dejó su apostadero de San Juan para venir á saludarnos. Fué aquello un verdadero golpe de teatro: fué como si una varilla mágica hubiese hecho desaparecer hasta el último rastro de la niebla que cinco minutos antes nos envolvía en nubes impenetrables. Un sol radiante baña nuestra flotilla, en tanto que responde cortesmente á los saludos. Únicamente el *Chiltern* falta allí; pero no podemos esperarle y el *Great-Eastern* continúa su marcha escoltado por el *Gulnax* y la *Scanderia*, en tanto que el *William Cory* se adelanta para guiarnos.

Hoy 12 de julio á las ocho de la mañana los cuatro buques llegan al sitio donde está la boya con la punta del cable costero. Cortamos el cable, cuya colocación hemos concluido y fijamos la extremidad á otra boya que se arroja al agua.

El *William Cory* debe recoger las dos boyas y efectuar la soldadura entre ambas partes. La niebla que se eleva otra vez impide que se practique en seguida esta operación, que se llevará á efecto en cuanto el tiempo aclare.

Puede considerarse ya establecida la línea que une á Saint-Pierre con la Francia. Pasado mañana lo mas tarde, la *Scanderia* se pone en camino para colocar el cable que une á Saint-Pierre con el continente americano, completando así la comunicación entre los dos mundos.

La Sociedad del cable trasatlántico francés ha dado cima á su obra. El *Great-Eastern*, que ha terminado su misión, marchará dentro de dos días á Inglaterra y principiará á almacenar en sus cubas el cable de 2,000 millas de largo que debe establecer una comunicación entre *Aden* y *Bouchay*, atravesando el Océano Índico.

La expedición que acaba de terminarse de un modo tan brillante y feliz es bajo todos conceptos una maravilla. Maravilla de ciencia física y mecánica por parte de los eminentes ingenieros que han presidido á la parte técnica de la empresa; maravilla de ciencia náutica por parte del entendido marino que ha sabido llevar su buque de un cabo al otro del Atlántico, sin desviarse un instante de su itinerario.

M. Halpin es un digno discípulo de su ilustre predecesor sir James Anderson. Habiendo logrado por tercera vez establecer una comunicación submarina entre la Europa y los Estados Unidos, el *Great-Eastern* ha demostrado victoriosamente que el telégrafo inter-oceánico ha entrado definitivamente en el dominio de las aplicaciones industriales de una explotación segura y regular. Así es que ahora surgen por todas partes los mas grandiosos proyectos. Como ya hemos dicho, en noviembre próximo el *Great-Eastern* va á emprender la colocación del cable que debe establecer una comunicación directa entre la Inglaterra y la India, y ahora se trata de poner un cable que atraviese el Océano Pacífico para que el Asia comunique con el continente americano. No dudamos que dentro de algunos años el pensamiento humano atravesando esos Océanos, volará de un extremo del mundo al otro con una rapidez incomparable, y la posteridad agradecerá pronunciará con respeto y admiración los nombres de esos marinos y esos ingenieros que, triunfando de todos los obstáculos á fuerza de genio y de perseverancia, habrán puesto los fundamentos de la ciencia estableciendo las primeras comunicaciones trasatlánticas.

L. B.

Revista de Paris.

La fiesta del 15 de agosto de 1869 ha ofrecido una particularidad que no se hallaba en el programa. El emperador Napoleón III, queriendo consagrar el centenario del nacimiento de Napoleón I, ha dado una amnistía, la mas completa que ha podido acordar hasta hoy ningún soberano. En el decreto que salió á luz el día de la fiesta no se hace ninguna reserva, ninguna excepcion, ni aun para los crímenes políticos.

El primer efecto de este gran acto fué que el domingo por la mañana se abrieron las puertas de Santa Pelagia y 153 detenidos por delitos de prensa pudieron disfrutar de su libertad. Todos los diarios están unánimes en celebrar una medida que es verdaderamente un acontecimiento.

En cuanto á la fiesta, ha tenido lugar como de costumbre; y favorecida por un tiempo magnífico desde por la mañana puso en movimiento á la población de Paris, reforzada con oleadas enormes de gente forastera.

El punto principal de reunion era el Campo de Marte. No hay duda que los teatros rebosaban de gente; pero ¿qué son esos pocos miles de personas en comparación de la inmensa multitud que iba á disfrutar de los espectáculos al aire libre?

El Campo de Marte era un campo de feria con sus tien-

das de toda clase, sus volatineros, sus exhibiciones de curiosidades marítimas, anfibias y terrestres, y sobre todo con sus grandes teatros, donde se representaban escenas militares, páginas históricas de guerras memorables que se contemplan y se aplauden con un entusiasmo indescriptible.

A las ocho de la noche comenzaron á encenderse las iluminaciones. Ya sabemos que se ha hecho una innovación en esta parte del programa de la fiesta. Años atrás la iluminación de la plaza de la Concordia y de los Campos Elíseos, formada con vasos de colores, ofrecía cada vez un aspecto distinto; y aun recordamos con admiración una copia de la Alhambra de Granada, que seguramente no se borrará jamás de la memoria de los que la vieron.

En el día hay un aparato uniforme que se pone todos los años, brillante sin duda alguna, porque compone una inmensa iluminación toda de gas; pero que visto una vez lo está ya para siempre, pues no varía. El espectáculo es asombroso en verdad, pero como decimos, no tiene nada de imprevisto.

Los fuegos artificiales dispuestos en lo alto del Trocadero, y cuya composición conocen ya nuestros lectores, fueron muy celebrados por las personas que pudieron colocarse á una distancia conveniente.

En seguida empezó el desfile hácia el centro de Paris, y á la una de la madrugada las calles estaban surcadas todavía por un crecido número de curiosos que quizás deploraban la brevedad de tan brillante fiesta.

Dos días antes había tenido lugar en el salón cuadrado del Louvre, donde se encierran las obras maestras que la pintura de todos los países ha producido en todos los tiempos, una ceremonia solemne.

El mariscal Vaillant, ministro de la Casa del emperador y de Bellas Artes, proclamaba allí en sesión pública el nombre del laureado del gran premio de 100,000 francos fundado por el emperador, á la par que presidía la distribución de las recompensas acordadas á los artistas de la exposición anual de 1869, á los alumnos de la Escuela de Bellas Artes, laureados del gran premio de Roma, y á los demás alumnos de la escuela que han obtenido medallas en el concurso del año.

Los miembros de la comisión que tuvo á su cargo el cuidado de otorgar el gran premio del emperador, los del jurado de la exposición, los del jurado de Bellas Artes, los miembros del consejo superior y los profesores de la escuela, así como los funcionarios superiores de los museos imperiales y de bellas artes, figuraban á los lados de la tribuna de honor.

Abierta la sesión por el superintendente de bellas artes, el mariscal Vaillant tomó la palabra y comenzó señalando la satisfacción por la superioridad de la exposición de bellas artes de este año. Despues habló de varias pérdidas muy sensibles que ha tenido el arte, y pagó un justo homenaje á la memoria de los señores Huet y Hesse, hasta que por fin llegó á tratar la cuestión del gran premio de los 100,000 francos concedido al arquitecto M. Duc, que es lo que creemos particularmente interesante para esta crónica.

«Por una feliz coincidencia, dijo, el pensamiento del soberano ha podido realizarse en el momento en que se concluyen la mayor parte de esas grandes obras que se han emprendido desde su advenimiento al trono, y que su reinado legará á vuestros hijos. El palacio de Tullerías y del Louvre, el Palacio de Justicia, la iglesia de la Trinidad, la Biblioteca imperial, los Mercados, el Hôtel-Dieu, la Opera, el Museo de Marsella, la iglesia de San Fernando de Burdeos, Nuestra Señora de Paris, los castillos de Pierrefonds y de Blois, se han construido, ensanchado ó restaurado.

»Estas obras han abierto entre vosotros el concurso mas propicio á la manifestación de todos los talentos, y el gran premio del emperador viene hoy á señalar en la hora oportuna, la cooperación de las bellas artes en esas creaciones tan diversas que serán la gloria comun del príncipe que las ha ordenado y de aquellos de entre vosotros que han trabajado en ellas.

»De todos es conocido el espíritu del decreto del 12 de agosto de 1864. Con arreglo á sus disposiciones se reunió una comisión compuesta de treinta miembros que no ha descuidado nada para llenar su difícil tarea; queriendo darse cuenta de todo, varios de sus miembros han debido recorrer las provincias para estudiar ciertas obras que la fama había designado á su atención, y despues de este examen tan detenido como imparcial, la comisión ha dado su fallo, que ha ratificado solemnemente la opinion de los artistas y del público.»

El mariscal termina diciendo que cuando en 1864 daba á conocer el decreto del emperador creando un premio de 100,000 francos que debía otorgarse cinco años despues, no esperaba por su avanzada edad, no menos que por la inestabilidad de las situaciones oficiales, que también él sería el llamado á asegurar la ejecución del decreto. Al premio acompañaba una medalla que el mariscal entregó á M. Duc, en medio de las aclamaciones de la concurrencia que se prolongaron algunos minutos.

La ceremonia fué larga, pues hubo que distribuir las medallas obtenidas en los concursos de emulación de la escuela por los alumnos pintores, escultores y arquitectos, del 1º de octubre de 1868 al 14 de agosto de 1869, así como también las que han correspondido á los expositores artísticos de este año.

En esta sección hallamos dos medallas de honor.

Y luego 40 medallas en la sección de pintura; — 15, en

que ella le curase cada dia, y la cura era de ciertas yerbas y raices; las cuales ella y una esclava cristiana que la asistia, arrancaban del jardin cada juéves al reir del alba, y ellas mismas las traian y preparaban: y algunas tardes, despues de hecha la cura, se juntaba la gente, y ellas eran las primeras que le tañian y cantaban.

Era en la arpa única la esclava, grave en sus palabras, mujer de mediana edad, mas de perfectísima cara; en la música, la muchacha era peregrina, y el padre sumamente se alegraba de verlas, y de que entre la gente de su casa, que era mucha, nadie á la hija excediese ni aun igualase. De esta suerte las miserias de mi triste esclavitud aliviaba, así mis ansias divertia, y pasaba, y aun las esperanzas de mi deseada libertad parece se alentaban, pues un dia que á esta festiva junta asistia, reparé en que la muchacha afincadamente me miraba, y que la esclava y ella me hacian señas que danzase; levantéme, apercibi mi guitarra y entre bien y mal, cual en España aprendí, tañí y dancé una pavana, y en la guitarra hice algunas fantasias y pasacalles; mas á Jarifa le parecian que eran peregrinas y excelentes las mudanzas aplaudidas, y entrambas las exageraban. Al siguiente dia dancé una gallarda, escuché que la muchacha decia al padre en nuestra lengua hispana, que se preciaba de entenderla y hablarla, que queria aprender y que me mandase la enseñase. Amábala él tiernamente; y así, sin muchas súplicas, fuí su maestra, y cada dia mañana y tarde iba á enseñarla á danzar á su cámara, y las mas veces las hallaba entretenidas á ella y la esclava en la música, y reparaba que á mí se encaminaban las de Jarifa; y que las de la esclava eran tristes y se lastimaba de sus penalidades y pérdida de su libertad deseada. Así, pues, escuché un dia, que Jarifa al arpa en que la esclava tañía, se quejaba y cantaba sin apartar de mí la vista:

Unica causa del iman suave,
En que perpétuamente el alma mia
Arde, padece y gime; y cada dia
Su mal se aumenta, y es su mal mas grave:

Si eres de mi alegría tú la llave,
¿Qué te mueve á privarme de alegría?
¿Quién usa de tan grande tiranía,
Que aumente mas mi llama, y mas se agrave?

Mas ¡ay! que de callarla el alma aumenta,
Y el haber de callarla es infalible,
Que es haber de decirla errar la cuenta.

¿Qué he de hacer, pues callar es insufrible?
¿Qué he de hacer, pues callar es mas afrenta?
¡Dura ley, fuerte mal, pena terrible!

Y despues ví que la esclava, lastimada de sus penas, en lágrimas bañada y en la suavidad de su arpa entretenida, de esta suerte cantaba:

Parad ya, penas mias,
Parad un breve instante, si es que pueden
Las penas en mis dias
Dar treguas á las penas que suceden,
Pues tendré de esta suerte
Lugar de celebrar mi triste muerte.

Viva quien dichas tiene,
Que quien sin ellas vive lastimada,
Si en penas se entretiene,
La libertad perdida tan amada,
¿Para qué vivir quiere,
Si siempre ha de penar mientras viviere?

Si ufana mi ventura
En mi niñez altiva me encumbraba,
Y en la sublime altura,
De aplaudida belleza me elevaba,
Fué querer que sintiese
Mas penas en Argel, que en él muriese.

Llega ya, muerte triste,
Afla tu cruel y vil guadaña,
Que nunca se resiste
Mi femeníl flaqueza, ni su hazaña,
Deshaz ya, triste parca,
La vida que en sí muertes mil abarca.

¡Ay de mí! quién dijera,
Al ver de mi ventura mas que ufana,
La verde primavera,
Que á suerte tan pigmea y mas que enana,
Cuadraba el ser María,
Pues que mar de tristezas ser había.

Mas creced, penas mias,
Crezca el mar, y en mas brave llegue al alma
A investigar las vias
De alcanzar de invencible verde palma;
Que al crecer las mareas,
Crécerán de mi muerte las tareas.

Servíala de camarera y aya á Jarifa la esclava, y así casi siempre la asistia. Esta, algunas veces me miraba atentamente y me hacia instancia le dijese de qué tierra era de las de Andalucia, que de aquí la decia muchas veces que era, si me apretaba, y nunca le quise decir mi patria, hasta que un dia, sin que Jarifa escuchase nuestra plática le dije que de Sevilla; y al instante la ví bañar en espesas lágrimas la cara. ¿Qué tienes, mujer, la dije, y de qué te lastimas? Y en sucintas palabras, esta fué su respuesta: ¡Ay Sevilla, Sevilla! ¡qué de pesares me cuestras! ¡qué de desgracias! Sabrás Andrés, si vive en Sevilla un mercader que llaman Martin de Céspedes y una hermana suya mujer viuda, llamada Blanca de Céspedes? Si sé dije, y sé que él vive en mi calle. ¿Y sabrás (así estaba llena de lágrimas) si un rapaz que ella criaba, y de quien se llamaba madre vive? Si sé, repetia, y sé que es muy galan y se llama Lucas Ramirez, y que es alferez de infanteria y aspira á una jineta de capitán en la primera leva que hubiere de gente para Flandes. ¡Ay prenda querida mía de mis entrañas! ¡ese es, ay Lucas de mi vida! Así afable hablaba y apretadamente me abrazaba. Llegad ya de alegría quise saber de ella la causa, y entre afligida y alegre se eximia y rehusaba satisfacerme; mas insté que me la dijese, y el referírmela fia en precisas palabras, mas de esta suerte:

La ciudad mejicana, riquísima y principal cabeza de la Nueva-España, fué Andrés, triste patria mía. A mi padre llamaban Juan de Guevara, y á mí María de Guevara. Unica hija fuí suya, y á seis meses de edad quedé sin madre que esta fué la causa primera de mis desgracias; y la segunda, ser de él sumamente amada, estimada y querida; que la demasia en el querer y amar á las hijas, es añadir aire á la fácil veleta de nuestra mujeril naturaleza, es agregarles vanidad y prevenirles desdichas; estas y la edad crecian en mí juntamente y de la misma suerte menguaba en mi padre la hacienda; veíame inclinada á alegrías y fiestas y que era amiguísima de galas, y en cualquiera que me hacia, gustaba de su caudal mucha parte y alguna en enseñarme artes liberales y para mas ayuda daba en jugar y festejar damas; causa de que su caudal mas aprisa se defraudase y disminuiese. Pásase sin pensar la vida y vuela cual ligera saeta la juventud mas gallarda. Y entre mis alegrías se me pasaban invisibles las semanas y meses, las pascuas y las navidades. Veinte numeraba ya de mi edad agradable y cincuenta en la incauta suya mi padre; ya mas prudente, aunque triste en ver diminuta su hacienda, que las dichas despues de perdidas se sienten, y la experiencia del perder las hace temer futuras desgracias; y así, para evitarlas, deseaba sumamente casarme. Hallábase en este inter en la ciudad misma Martin de Céspedes y aun en la misma calle, pues vivia enfrente de nuestra casa, en la de Blanca su hermana, recién viuda. Él era de mi edad misma, galancete, afable y de discretas palabras sin presumir, ni alabarse que sabia partes en tal juvenil edad dignas de estimarse. La vecindad era causa de que su hermana algunas veces me visitase, y él á mi padre mas á fin de verme y hablarme, que de visitar la amistad crecia, las vistas pagábanse y agradábale á mi padre, mas que sus partes su hacienda que era mucha en gran suma; y así fué fácil preguntarle un dia si deseaba quedarse en Nueva-España, si le agradaba mas que Sevilla y si determinaba casarse: fué la respuesta que sí, mas si él le casase. Entendida la enigma, fué fácil el efectuarse de palabra y pasarse cédulas de parte á parte juradas, y mas fácil de verme él y hablarme familiarmente cada dia, pues cada vez que queria entraba en mi casa y en ella se quedaba á cenar muchas veces hasta que de una asegurada de sus juras y eficaces palabras y que de Sevilla esperaba en la futura armada papeles y cédulas de diligencias precisas y necesarias para haber de casarse, le dí neciamente y sin parecer de mi padre, en mi virgínea cama, afable albergue: quedé perdida y tras de esta desgracia tuve la de la muerte de mi padre que fué en breves dias y de una enfermedad agudísima y terrible.

Ya en mi amante la estrecha familiaridad enflaquecía; ya se pasaban seis y siete dias sin verme, y acercábase el de nacer la criatura; debíame de apresurar mis fatigas y desgracias, que nunca viene una sin que muchas se le sigan. Este dia, aunque para él fuese de pena le hice llamar y tambien á Blanca para que me asistiesen, que para ella fué de alegría segun la amistad que me tenia, y caridad de que se preciaba. Y al entrar en casa, cual si ella fuera imán de la criatura, al instante á las primeras ansias la ví en sus faldas nacida y que la recibia y acariciaba llena de piedad tanta, cual si ella fuera su angustiada madre. En fin, la criatura fué un agradable infante, fué un ángel en gentileza, ser y belleza; fué una efigie viva de su padre y fué el que llamas Lucas, que dices vive en Sevilla en casa de Blanca, mas atiende y escuchame, sabrás la partida de él y de ella á Sevilla, y la de mi desleal amante y mis sucesivas desgracias.

Bien fué menester que la esclava me advirtiese que la escuchase, pues mudé de semblante y quedé cual helada piedra insensible al reparar y advertir que mi

difunta y querida Laura era hermana de Lucas Ramirez, aquel á quien ella á fin de casarse admitia y esperaba, aquel á quien gané la astuta empresa de sacarla, y las ricas preseas, ellas, y ella felizmente ganadas, y desgraciadamente perdidas. ¡Que sea creible, decia entre mí que Martin de Céspedes sea padre de Laura y padre de Lucas! ¡Que sea creible que despues de evitarse la desgracia de galan tan pariente de su hija, muera ella tan desastrosamente y el amante viva! Mas si escapase de cautiva Laura, ventura tuviese.

Así entre mí fácilmente discursaba; mas la esclava las lágrimas, que impedirla presumian enjugaba y decia de esta suerte: Llegada la armada que de Sevilla se esperaba, fingiase mi desleal amante muy triste, y si le preguntaba la causa, decíame que de su desgracia resultaba, pues de Sevilla dejaban de enviarle las cédulas y papeles que para casarse esperaba, mas que le escribían que en la siguiente armada infaliblemente se las remitirían: fuerza era afligirme de mi limitada suerte, mas de mi misma persuadida que verdad diria, (que nunca fué difícil engañarse una mujer amante) disimulaba y alentada de esperanzas aliviaba mis tristezas. Lucas se criaba en casa de Blanca y ella le amaba tan tiernamente y hacia tan excesivas caricias, que pudiera dudarse de si era su madre y extrañamente gustaba que así la llamasen. ¿Mas quién pensara, quién creyera que entre tan dulces y halagüeñas palabras, entre tan singulares finezas se entretejerian singulares astucias, ingratas cautelas, trazadas marañas de mi desleal amante? ¿Quién dijera que la criatura y padre, ama de leche y tia, pudieran desaparecerse en un dia, en un instante, é irse sin que se supiese ni se presumiese á Cartagena; y que de allí en la armada que partia se habian de ir á Sevilla? ¡Ay de mí! trance fué este en que quedé sin alma, perdida la paciencia, y deseaba que me faltase la vida; y sin hacer de ellas cuenta me dispuse en tres dias á dejar mi triste casa y mi querida patria, y me deliberé en reducir á reales mi débil hacienda: y así afligida y lastimada partíme á Cartagena, sin mas sirvientes que un paje y una triste criada. Partí en fin un mártes á la tarde; mas la partida fué tan infeliz y desgraciada, que despues de algunas caídas y desastres que en el viaje tuve, al instante que llegué supe que la armada era ya partida tres dias habia, que en ella iban las deseadas y queridas prendas de mi alma.

Y para mas ayuda á mi desesperada impaciencia, tambien supe que el desleal amante amaba y seguia una gallarda dama perulera que en Cartagena le esperaba, y de antes asistia, riquísima y perfectísima en belleza, á quien la fama llamaba Elvira la rica, hija de un mercader del Perú, de tan grande hacienda que se decia era innumerable; que tenia en barras y piñas de plata de aquellas preciadas minas en barretas y pellas de metal mas apreciable de aquellas ricas venas, aunque pálidas y amarillas, agradables. Y en gran multitud de finas perlas de cabagua; apacibles esmeraldas de Santa María, carmin y azúcar, lanas y seda; y que sin duda alguna esta bizarra dama, al instante que á Sevilla llegasen seria su mujer, segun ella y su padre la amaban, estimaban y querian; y que era infalible, que la llevaban en su nave.

Mira, Andrés, cuál quedaria mi afligida alma al escuchar las tristes nuevas de mi engañada esperanza, burlada mi dilatada paciencia, mi castidad perdida y divulgada mi infamia, acreditadas y descubiertas las sagaces y viles cautelas, ingratas astucias, las dulces filaterias y falsas palabras de mi sutil Ulises, de mi infiel amante, y vendida ya mi libertada hacienda, fuera ya de mi amable casa, y ausente de mi agradable y cara patria. En fin, despues de infinitas e innumerables quejas que impaciente y lastimada esparcía al aire, enjugué mis excesivas lágrimas. Y aunque desgracias tantas me parecian irreparables (que en antever y adivinar fatales y vehementes desgracias, raras veces se engaña el alma) fleté al instante un valiente y gentil patache que para diferente parte se aprestaba, admirable de vela, y en él me embarqué diligente para seguir á la armada é irme á Sevilla. Partí en él y sin alcanzarla ni aun descubrirla, pasé aun mas allá de la Habana, tierra de la Isla de Cuba. Pasé mas de la mitad del viaje, y allí, si entre tristezas grandes puede haber alegría tuve alguna, causada de la buena nueva que me daba el maestro del patache, y albricias que me pedia. Desde la gabia descubria siete naves de la armada; pues aguijar aprisa dije, alargad y añadid velas, que si es la deseada armada, ciertas teneis las albricias.

Fué en su alcance, y diligente seguia su carrera, que siempre al navegar añade alas la avaricia; mas sin duda mi terrible implacable estrella era la que las añadía, pues ya á la vista de Cádiz ví y experimenté mi fatal ruina. Las siete deseadas naves eran de infames piratas árabes que andaban á pillaje, y sin pensar á tres de ellas ví en un instante dar caza al patache, y á mí y á mi gente cercada y presa y cautiva, tal me hallé, que desesperada quise precipitarme al insaciable mar, para que sepultada en sus aguas mis increíbles desgracias se acabasen y sin duda me echara si me dejaran: pues tigre hircana parecia en la desesperada furia y rabia; mas al fin me hallé esclava de viles piratas. Fui pasada á una de sus naves y en ella traída á esta ciudad de Argel y vendida á un mercader árabe de Tetuan, que aquí reside, y se llama Gay de Hamete.

(Se continuará.)

El mayor general

FREMONT.

Acaba de llegar á Paris el mayor general Fremont (John Carlos) llamado *Pathfinder* (buscador de caminos), uno de los hombres que desde hace veinte años han estado mas en evidencia en los Estados Unidos. Como hombre de Estado es todavia hoy uno de los jefes del partido republicano; pero como viajero tiene un titulo que nadie puede disputarle, y el mayor general Fremont puede reclamar la gloria de haber extendido los Estados Unidos hasta el Pacifico. Bajo este concepto el general pertenece á esa poderosa raza de los Livingstone, los Speke, los Kane y los Lesseps, que en nuestros dias han reunido entre sí tierras y razas desconocidas, de cuyo modo han ensanchado el campo de la civilizacion.

El general Fremont nació en 1813 en Savannah (Georgia), de padres franceses, y la muerte de su padre, que perdió á los cuatro años, le acostumbró desde la niñez á una vida activa y laboriosa.

Sus viajes y sus exploraciones comenzaron en 1840 y no se terminaron hasta 1854. Su primera expedicion tuvo efecto en 1842 y dió por resultado el reconocimiento del famoso paso al través de las montañas Pedregosas, y la ascension que hizo M. Fremont con cuatro de sus hombres á la mas alta cumbre de esa cordillera, el Pico del rio del Viento.

El informe que publicó de vuelta de este viaje hizo mucho ruido, se considera como uno de los principales relatos de exploracion de nuestra época.

Su segundo viaje emprendido casi inmediatamente despues, tuvo por objeto reunir los descubrimientos que acababa de hacer á los que se esperaban de una exploracion marítima en la costa del Océano Pacifico mandada por el comodoro Wilkes, de cuyo modo podrian trazarse vias seguras al través de los países entonces casi desconocidos que se hallaban á los lados de las



El mayor general Fremont.

montañas Pedregosas. Las expediciones subsiguientes descubrieron un paso de las montañas Pedregosas mas meridional aun que el del Sur, y no obstante las fatigas de estas peligrosas correrias por países desconocidos, el general no se desalentó nunca. Puede decirse que ningun buscador de oro exploró mas en todos sentidos el grande Oeste y la California. Allí adquirió los terrenos tan ricos en cuarzo aurífero de Mariposa, cuya explotacion le ha valido una de las grandes fortunas de los Estados Unidos, y la California agradecida le eligió

como primer senador enviado al Congreso en 1850 por el nuevo Estado.

Este nombramiento le presentó en la vida política. Su posicion de senador, su alta inteligencia, su carácter enérgico, su fortuna, su popularidad, el recuerdo de sus servicios, sus ideas políticas conciliadoras, todo le designaba á la eleccion del partido republicano, y él fué quien disputó á Buchanan la presidencia de los Estados Unidos en 1856.

No salió elegido: Buchanan ganó por una débil mayoría; pero puede decirse hoy que su descalabro fué una desgracia para la política americana. Los *politicians* mas formales de los Estados Unidos reconocen hoy que el nombramiento del general Fremont habria preservado á la república de la horrible guerra de la secesion. Durante este terrible sacudimiento el general Fremont, que mandaba en todo el Oeste del Misipi al Pacifico, organizó en tres meses un ejército de 100.000 hombres y una flotilla de cañoneras de que se aprovechó el general Sherman para emprender la célebre campaña de Georgia que puso fin á la lucha.

Muchos años hacia que el sueño favorito del general era ver construir un ferro-carril que pusiera en contacto el Atlántico y el Pacifico por medio de una via mas corta que todas las propuestas hasta hoy. Nadie mejor que él era capaz de trazar esa via, y así fué que bajo su patrocinio se organizó el ferro-carril Transcontinental-Memphis-Pacifico, y gracias

á su influjo profundamente simpático á las ideas francesas, la Francia se ha asegurado una participacion en tan magna obra.

T. D.

Las cercanías de Paris (Montmorency).

Nada mas risueño y pintoresco que el pueblecillo de Montmorency, afamado por sus cerézas y por su aire



Las cercanías de Paris. — Montmorency.

puro y vivo. Situado á 17 kilómetros de Paris, en la línea del ferro-carril del Norte, se eleva á corta distancia de Enghien en una altura bastante escarpada y en medio de otras alturas cubiertas de bosque. En esa posición la vista alcanza muy lejos, y se reposa agradablemente en el alegre valle cuyas ondulaciones concluyen á la falda de las colinas de Cormeilles y de Sannois. El bosque de Montmorency es muy célebre, y mas de una generación le ha recorrido á pié y á caballo y sobre todo en horrico.

En la plaza hay siempre un buen surtido de monturas para los aficionados. ¡Qué de carreras desatinadas por sus accidentados caminos, qué de caídas acompañadas de fuertes risotadas, qué de almuerzos sobre la yerba, y cuántas comidas ya en el restaurant del *Ermitage*, ya en el hotel del *Caballo blanco*. Todo el Paris que se divierte ha pasado por esos sitios.

Sabido es que J.-J. Rousseau pasó algun tiempo en el parque de Montmorency donde habitaba un pabelloncito dispuesto para él, y del cual no salió sino despues de la publicación del *Emilio*. El mariscal de Luxemburgo, le obligó en cierto modo, á aceptar una hospitalidad que siempre fué cordial hasta lo sumo. En la actualidad parte de los muebles que sirvieron á Rousseau mientras vivió en Montmorency, se enseñan reunidos en un restaurant del parque.

C. P. D.

El Tesoro de Tarso.

Los cuatro magníficos medallones que hoy reproducimos y que pertenecen al gabinete de las Medallas, gracias á la munificencia del emperador, fueron encontrados en una de las excavaciones que se hicieron hace seis años en las inmediaciones de Tarso, ciudad del Asia Menor. Varias joyas muy notables y veinte y tres monedas de oro de diversos emperadores romanos desde Vespasiano hasta Gordiano el Piadoso, completaron el conjunto de este precioso hallazgo, designado en el mundo científico con el nombre de *Tesoro de Tarso*.

Un armenio que se hizo dueño de este tesoro, principió por enviar á Paris dos personas de confianza encargadas de presentar á la Biblioteca imperial vaciados en plomo todos estos objetos, cuya venta proponíase en su nombre. Aunque estos vaciados ofrecían todos los caracteres posibles de autenticidad, la Biblioteca contestó á los delegados que no trataba nunca sobre copias ni descripciones y que por consiguiente el vendedor debía presentar el tesoro de Tarso. Los negociadores partieron pues y no tardaron en volver con las alhajas y los medallones originales, cuya autenticidad pudo confirmarse entonces.

Sin embargo, como pidieron la fabulosa suma de un millón de francos, hubieron de interrumpirse las negociaciones; pero luego cedieron en tales exigencias y los medallones y monedas fueron presentados al emperador, quien habiendo sabido al mismo tiempo que estos monumentos eran únicos en su género, los compró por 50,000 francos y los regaló á la Biblioteca imperial.

Las tres piezas principales, que llevan en



Medallon conmemorativo de Alejandro el Grande.



Otro medallon conmemorativo de Alejandro el Grande.

griego el nombre de Alejandro el Grande, fueron acuñados en conmemoracion de este principe en una ciudad de Asia, hácia los tiempos de Caracalla y verosimilmente por su órden. En la una de las dos que representan en el reverso á Alejandro ó Caracalla á caballo, cazando un leon, la cabeza es la de Alejandro, y en la otra es la de Hércules jóven con la piel del leon. Puede afirmarse la certeza del retrato de Caracalla por la gran cantidad de medallas de bronce acuñadas en Macedonia desde el reinado de Caracalla hasta el de Volusiano, pues entre

ellas se encuentra una cabeza igual con el nombre de Alejandro, cuya cabeza es tambien semejante á la que Lisímaco, general y sucesor de Alejandro el Grande, puso en sus monedas. En cuanto al medallon que ofrece la cabeza de Hércules, este semi-dios era objeto de la veneracion particular de aquel rey, y es el tipo con que siempre se le representó en las medallas contemporáneas, en cuya época los soberanos aun no tenían derecho para estampar en la moneda su propia efigie.

Caracalla, que no soñaba mas que con aquel ilustre conquistador, que le habia consagrado un culto y diseminaba sus imágenes por todas partes, debió naturalmente al recordar su memoria, recordar tambien su héroe de predileccion.

Finalmente, el tercer medallon grande ofrece un retrato que, si no es el del mismo Caracalla, presenta al menos el parecido mas notable con él que se encuentra en todas las medallas de este emperador, cuando llegó á la edad propecta. Estas analogías fijan al parecer la época precisa de estos tres monumentos.

El cuarto medallon, que es romano, se acuñó quince años despues, en el 230 de J. C., como lo prueban las inscripciones: « Imperator Severus ALEXANDER AVGVSTVS, Pontifex Maximus, Tribunicia Potestate VIII, Consul III, Pater Patrie. » El noveno poder tribunicio de Alejandro Severo que era á la par el noveno año de su reinado, correspondia al año 230. Este último medallon que pesa 51 gr. 10 c., en tanto que las monedas de oro de aquella época pesan por término medio 6 gr. 38 c., era probablemente una moneda de ocho denarios de oro. Su estilo es de todo punto igual al de la moneda de aquel tiempo.

Las tres primeras piezas cuyo peso varia de 110 gr. 35 c. la mayor, á 93 gr. 85 c. la menor, no pudieron jamás por el contrario, ser monedas. Todo lo dice así: su poco grueso, su inmenso relieve y su belleza de estilo, enteramente diverso del del tercer siglo de nuestra era.

Eran probablemente condecoraciones militares. El museo de Viena posee varias del reinado de Constanzo II y de Valente, mucho mayores aun y mas pesadas que estas, puesto que una de ellas que figura en la clase de los medallones, tiene 9 cent. 7 mil. de diámetro y pesa mas de 407 gr.

El estilo de nuestras tres piezas es de una finura y belleza que recuerdan el siglo de Adriano y de Antonino, esto es, cerca de cien años antes, y la mas bella época del arte bajo el Imperio romano; y esa belleza de estilo es aqui tanto mas notable cuanto que se acuñaron en Oriente y que allí la decadencia del arte fué muy anterior á la que se vió en Roma. Sea como quiera, es muy sensible que el artista capaz de producir esas obras maestras no las firmara, pues seria interesante añadir á los nombres de los grabadores ya conocidos entre los antiguos, el nombre de un artista del tercer siglo despues de J. C. Así los bellos medallones de Siracusa que hacen la admiracion y la desesperacion de los artistas en medallas de nuestros dias, y que son del siglo cuarto antes de nuestra era, han legado á la posteridad los nombres de Cimon, Evainete, Eumeno y otros grabadores de talento. Las medallas de Metaponte y de Yelée en la Grande Grecia, las de Clazomene en la Jonia, nos conservan entre otros nombres los de Aristoxenes, Cleodoro, Filistion y Teodoto que vivian por la misma época. Un poco despues, en tiempo de Lisímaco, encontramos los nombres de Sosios y



Medallon de Alejandro, acuñado en tiempo de Caracalla.



Medallon de Alejandro Severo.

de Menodote ó Menodeme; finalmente, bajo Perseo, último rey de Macedonia, que fué vencido por Pablo Emilio en 167 antes de J. C. se lee el de Zoilo. Es el último artista cuyo recuerdo se conserva en la moneda.

De este modo pues, los grandes medallones descubiertos en Tarso, además de su rareza excepcional, ofrecen el gran interés de que revelan en el Oriente una elevación en el arte que nada hasta aquí podía hacer sospechar en semejante época. Iguales en elegancia y acabado lo mas admirable que han producido los romanos (basta echar una ojeada á la serie de las medallas griegas y á la de las medallas romanas para juzgar en el arte cuán superiores eran los artistas romanos á los griegos en la época imperia), estos monumentos únicos están perfectamente conservados y ofrecen el mas alto interés histórico. Y cuando se piensa que el medallón de Alejandro Severo es tambien único, y que además es muchísimo mayor que todos los medallones de oro del alto imperio conocidos hasta aquí, preciso es convenir en que el Tesoro de Tarso debe contarse como uno de los mas bellos descubrimientos numismáticos que se hayan hecho hasta el día y como uno de los mas preciosos ornatos del Gabinete de medallas.

H. C.

El del capuz colorado.

(Continuacion.)

Con mayor ó menor suerte habian ya luchado con los mantenedores varios caballeros, cuando se presentaron en la arena tres competidores que fueron atrevidamente á herir las tarjas de guerra.

Furiosos aplausos estallaron en el palenque saludando á los primeros que iban á cambiar la comedia en drama. Ondearon las banderas y las cintas, y el pueblo en particular celebró con gritos entusiastas, con aclamaciones unánimes y repetidas la aparicion de los primeros campeones que se presentaban dispuestos á la guerra. Y es que ya, en efecto, empezaban á cansarse los espectadores de asistir sólo á un simple juego.

Fáciles eran de reconocer los nuevos caballeros por sus escudos ornados de sus armas. Eran Guillen de Entenza, caballero catalán muy nombrado en los anales del valor, y el conde Benavente y Rodrigo Pizarro, famosos nobles castellanos que tenian acreditada su bizarría en los palenques y batallas.

Como si conocieran el valor á toda prueba de sus antagonistas, los mantenedores cambiaron de caballo y aunque seguros de sus escuderos, examinaron detenidamente sus armas antes de salir al combate.

Al primer encuentro, el conde Baironforche rodó por el suelo derribado por el de Benavente y tuvo que sea retirado del palenque en brazos de sus escuderos.

Los demás competidores se habian cruzado con igual suerte, y armados de nuevas lanzas, volvieron á precipitarse unos contra otros. Lidiaba el de Ofrechans con el de Entenza y el de Berk con Pizarro. Los dos primeros rompieron sus lanzas en el broquel contrario sin victoria por ninguna parte. En cuanto á los otros, habiéndose encabritado en el momento del choque el corcel de Pizarro y rótese la cincha del caballo de Berk, ambos jinetes habian rodado por la arena. Inmediatamente, con una celeridad increíble, el alemán se puso en pié y sacando la espada se adelantó hácia Pizarro que penosamente se habia puesto de rodillas ayudado de su mano derecha. Era que con la violencia de la caída se habia roto el brazo izquierdo. Los jueces del campo acudieron y cruzando sus lanzas proclamaron vencedor al caballero de Berk.

Dos combatientes quedaban y en ellos se concentró poderosamente la atencion. Blanco de todas las miradas, los dos campeones se disponian á disputarse encarnizadamente el honor de los aplausos que debian llover como un torrente sobre la frente del vencedor.

Empuñando nuevas lanzas, fija la vista en el punto que querian herir, inmóviles como estatuas de hierro sobre sus caparazonados caballos, entrambos antagonistas esperaban la señal. Dada esta, se precipitaron con toda la rapidez de sus corceles. La lanza de Ofrechans dió en el escudo de Entenza, con tal fuerza que le hizo bambolear un momento sobre la silla. En cuanto al esforzado catalán habia dirigido la suya contra la visera de su contrario, pero habiéndole faltado la abertura, el acero resbaló sobre el acero sin causar ningun daño.

Como de comun acuerdo, entrambos arrojaron entonces sus lanzas, desnudaron sus espadas, y avanzando uno contra otro, empezó un nuevo género de combate, mas terrible si cabe. Los aceros descargaban horribles golpes haciendo brotar millares de chispas de sus hojas. Entenza era temible en el manejo de la espada y pocos habia que pudiesen resistirle; pero su contrario, aunque algo inferior, paraba con mano segura los golpes, y con mirada certera aprovechaba los instantes de ataque. Los dos combatientes parecian haber tomado por punto de vista el casco. Las ondeantes plumas blancas de Entenza habian caído una tras de otra, y un tajo de su espada habia cortado como un hilo el negro penacho de Ofrechans.

No hay palabras para explicar el silencio y zozobran-te curiosidad con que todos los espectadores seguian la reñida lucha, en la que hubo un momento en que el

alemán pareció llevarse la ventaja, hasta el extremo de palidecer todos los que se interesaban por la suerte del bravo Entenza. Sin embargo, pronto hubo este recobrado el terreno perdido, y queriendo acabar de una vez, empuñó con ambas manos la espada, y antes que la punta de su adversario le hubiese tocado, descargó un tan terrible golpe sobre su yelmo, que hendiéndose este como si fuera de cuero, abrió paso á la espada, que llegó con su acerado filo hasta la cabeza.

En el acto mismo, Ofrechans extendió los brazos, soltó el acero, agitó con sus manos el vacío y, despues de haberse bamboleado un momento, cayó del caballo. La herida era grave.

El entusiasmo del público llegó entonces á su colmo y poco le faltó á Entenza para ser llevado en triunfo.

Así terminaron las justas del segundo día, y todos se retiraron á esperar la nueva aurora, que debia presenciar la lucha decisiva, la mas encarnizada, la mas terrible, á juzgar por el nombre famoso en la caballería de los tres mantenedores y de los varios nobles que se habian hecho inscribir para combatirles.

Aquella noche, para festejar dignamente á los extranjeros, Don Enrique dió una diversion en el alcázar, y vióse agrupar en las estancias y salones del mas tarde tan célebre edificio, cuanto notable guarda entonces Segovia en nobleza, hidalguía, reputacion y belleza.

Presentaba un brillante golpe de vista toda aquella reunion de damas y caballeros, y bulliciosamente recorria las estancias tan lujosa multitud, ellas con sus cabellos cubiertos por la redcecilla de seda y oro, y la caperuza que caia ondulante á lo largo de sus sienas, sus delgados trajes de grandes flores y dibujos, su cinturón, del que pendian el alfilerero, la escarcela y el cuchillito con mango de oro y piedras preciosas, y sus guantes manoplas perfumados con violeta; ellos con sus vestidos de seda bordados, sus bandas de colores, sus espadas de gala y sus finisimas y labradas dagas de rico puño, guardadas en vainas de terciopelo y oro, suspendidas del gracioso cinturón.

Los nobles extranjeros á quienes se concedia tan régia hospitalidad y para quienes se celebraba la fiesta, recorrían á su vez las lujosas salas donde la flor de las damas y caballeros de Castilla se entregaba á la galantería y al placer de la danza con todo el abandono y entusiasmo de la juventud y de la dicha.

En una habitacion se formaban grupos en torno de los juglares, músicos y trovadores que concurrían para animar el festejo, en otra se discutía y hablaba sobre las hazañas del día, sobre las peripecias del torneo, y salían con elogios de todas las bocas los nombres de Entenza, Benavente y Berk; allí un grupo departía de amores y galanteos; mas allá otro auguraba para el siguiente día los mas famosos hechos de armas; á un lado una solitaria pareja buscaba el alfeizar de una ventana para entregarse sin estorbos á su lánguido diálogo y respirar la brisa cálida de la noche; al otro lado un jóven doncel de rubia guedeja y ojos melancólicos se mezclaba sonriendo en el laberinto de figuras que formaba la danza, solo para poder aspirar á sus anchas y embriagarse de delicia con el acre y voluptuoso perfume que flotaba, entre la tibia atmósfera, al rededor de la dama de sus pensamientos.

Donde se presentaba el grupo mas compacto y mas animado que en parte alguna, era en torno del príncipe Don Enrique, con el cual estaban hablando familiarmente los señores de Vindeck, de Eretein y de Balse, mantenedores del torneo en el último día, como ya se sabe.

Mice Roberto hacia justicia al valor de los caballeros que habian tomado parte en la justa, y aunque deplorando las heridas de los vencidos, celebraba y encomiaba el esfuerzo y gallardía de los vencedores.

— Pero todo esto ha sido un juego hasta ahora, deciale el príncipe Don Enrique, mañana vereis, mañana es el gran día. Las mejores lanzas de Castilla se han reservado para lidiar con vos y vuestros dos amigos. Mucho tendreis que hacer para salir airoso.

— Haré todo lo que me permita mi corazón y mi brazo, dijo modestamente el de Balse, y si sucumbo, me cabrá al menos la gloria de haber sido vencido por una lanza castellana.

Esta galantería de Mice Roberto arrancó un lisonjero murmullo de aprobacion, y varias manos se tendieron para estrechar con efusion la suya.

— Guardaos sobre todo, añadió Don Enrique, del caballero del capuz colorado. Si le venceis á él podeis estar seguro de vencerles á todos.

— ¡El caballero del capuz colorado! dijo Mice Roberto. ¿Y quién es?

— Un aventurero del que nadie sabe el nombre, pero al cual ciertas aventuras y hazañas han dado una nombradía de valor y pujanza, una popularidad tan grande, como no la disfruta en el día ni la ha disfrutado tampoco jamás ningun caballero.

— ¿Y asistirá al torneo? preguntó entonces Gualtero de Vindeck, que erguia en medio de todos su corpulenta y agigantada estatura.

— Imaginomelo así, contestó Don Enrique. Al menos, esta tarde he dado órden al pregonero real para que en varios puntos de la ciudad proclamara que el llamado caballero del capuz colorado era invitado á tomar parte en la justa del último día por el príncipe, quien veria con singular placer al desconocido en la arena del combate responder con una nueva prueba de valor á la fama que celebra su pujanza.

— Muy famoso debe ser en efecto, dijo Mice Roberto, cuando alcanza el singular honor de que un príncipe le invite públicamente.

— Es tan valiente, dijo uno de los nobles, que ninguno como él ha merecido ocupar tanto la conversacion de las damas y ser el asunto de los cantos de nuestros trovadores.

— Pesariame en verdad que hiciera falta, repuso el señor de Balse. Deseoso estoy de medir mis armas con las suyas.

— Y nosotros tambien, añadieron los de Vindeck y de Eretein.

— Confo que no hará falta, porque si hemos de dar crédito á lo que de él publican las trompetas de la fama, no es hombre para faltar á una cita de esta clase.

— ¡Con que el del capuz colorado! repitió el de Balse, á quien le habia chocado el nombre.

— El del capuz colorado, sí, repitió Don Enrique.

— Me tarda ya la hora de lidiar con él.

— Y si le venceis, señor de Balse, exclamó el príncipe, bien podeis decir que habeis vencido á un verdadero demonio.

Aquí concluyó la conversacion, y no tardó tampoco en concluir la fiesta, que damas y caballeros todos necesitaban un poco de sueño y de reposo para estar prontos á las fatigas y emociones de la próxima jornada.

IV.

EL TERCER DIA.

Amaneció el nuevo día y amaneció iluminando, llenas ya de gente, las graderías del palenque destinadas al pueblo. Tal era el entusiasmo y afán con que era esperada la tercera jornada; tales las proezas, aventuras y dramáticos episodios que generalmente se creia debían tener lugar; tal en fin la curiosidad excitada y el interés despertado por el pregon de Don Enrique, invitando á tomar parte en la justa al del capuz colorado, el caballero popular, que una gran mayoría de pueblo pasó la noche en el palenque para no perder un sitio que pudiera ser usurpado por otros mas felices.

Hé ahí por qué cuando aparecieron los primeros rayos del sol estaban ya cuajadas de gente las graderías. Nunca se habia visto concurrencia igual ni multitud mas entusiasta.

Y no se crea que fuese el pueblo solo. La misma impaciencia, el mismo anhelo reinaba entre la clase noble. La curiosidad estaba excitada hasta el último grado por la nombradía que en el suelo castellano habia precedido á Roberto de Balse, á Guillermo de Vindeck y á Rodolfo de Eretein, por la fama de los varios caballeros que se habian hecho inscribir para lidiar con ellos, y con la nueva sobre todo generalmente esparcida de que el misterioso caballero del capuz colorado tomara parte en el torneo.

El príncipe estaba en su palco, la sin par Beatriz en su sòlio, la córte acomodada en las tapizadas galerías, y eran no mas que las once de la mañana, cuando el son provocador y chillón de los clarines de los mantenedores lanzó á los aires su osado desafío, haciendo palpar y estremecer de esperanza y temor los corazones todos.

Respondieron con no menos arrogancia los clarines de la puerta, y tres caballeros se lanzaron á la arena yendo á herir, despues de varias habilidades de equitacion que les valieron muchos aplausos, los escudos de paz de los mantenedores.

Eran los castellanos de Lara, de Pimentel y de Sanabria.

Apenas se habian colocado en sus puestos, cuando bajaron rápidos á ocupar el suyo los mantenedores, que fueron pródigamente aplaudidos de la multitud por la gentileza y el esplendor con que se presentaron armados, así como por su marcial y guerrero desembarazo.

En efecto, se hacian notar por sus agigantadas estaturas que parecian llevar el hierro con la misma ligereza que la paja, y montaban soberbios brutos que ocultaban su buena planta y su orgullosa estampa bajo ricos y lujosos paramentos en que brillaban sobre campos de gules y de plata las armas temidas de sus dueños.

Mice Roberto, en particular, descollaba entre todos por su talla y armadura. Era esta azul, llena de caprichosos dibujos y perfiles de oro, con el peto y espaldar cuajado de piedras preciosas que rodeaban las cifras entrelazadas de su nombre y señorío vistosamente dibujadas con oro y piedras. Llevaba por cimera en el casco una paloma con las alas desplegadas, un ramo de esmeraldas en la boca figurando una rama de oliva y elevándose de en medio de un grupo de tiernas palomitas que levantaban hácia ella sus cariñosos picos. Cada uno de estos picos sostenia á su vez una haz de ondeantes plumas que juntas formaban el mas gracioso aspecto, y que eran blancas y carmesies, colores favoritos de doña Beatriz de Guzman. Era un galante obsequio del señor de Balse á la reina del torneo, y fuéle agradecida esta galantería con una sonrisa de la bella de las bellas que bien merecia una lanzada, y un aplauso unánime del pueblo y de las galerías que bien reclamaba una hazaña.

Embrazaba, sirviéndole de escudo, una airosa adarga en que el sol resplandecía en medio del horizonte con todos sus rayos, como si de concentrar tratara todo su ardor y fuego sobre un águila que rasgando orgullosa los aires se elevaba hácia él con este mote: *Hasta alcanzarlo*.

No menos arrogante se presentó Rodolfo de Eretein. Su armadura era del mayor coste y riqueza, y tremolaban en el alto crestón de su celada, pomposos plumeros

de colores varios. Su escudo era tan luciente y bruñido que parecía de plata. En él se veía á un guerrero armado de punta en blanco teniendo el pié levantado sobre una corona real, y debajo un mote que decía: *Soy quien soy, y no la piso*. Aludía esta orgullosa divisa á lo que se contaba de uno de sus antepasados, que habiendo hecho prisionero á su rey contra el cual se había alzado en demanda de unos derechos, le dió la libertad sin pedirle ya nada, contentándose con la gloria de haberle vencido.

Gualtero de Vindeck era el que se diferenciaba completamente de los otros. Nada mas sencillo ni al mismo tiempo tan severo como su armadura negra sin adornos de ninguna clase, y ostentando rota en su casco la corona de conde, de entre la cual brotaba, cimbrándose como una esbelta palma, una sola pluma, negra también como la misma armadura. El emblema de su escudo era misterioso é inteligible, al menos para la sociedad que asistía á la justa. Tendría sin duda extraña conexión con la vida privada del paladino. Figuraba un cielo borrascoso sobre un vasto arsenal en medio del que, sola, aislada, sin otra humana huella de vegetación, crecía una pobre violeta que doblaba su entreabierto corola el soplo del huracán. Por lo demás, ni un mote, ni un letrero, ni la menor explicación.

Tales se ofrecieron á los espectadores los que se presentaban para mantener el honor de la jornada.

Su combate con los señores de Lara, Pimentel y Sababria fué, mas bien que una verdadera justa, una lucha de honor y de cortesía. Todos dieron pruebas de su habilidad en la equitación y en el manejo de las armas, pero los castellanos tuvieron que confesarse vencidos.

Y es que en efecto, la reputación de los mantenedores era digna de sus hechos. Su fuerza era gigante, su lanzada irresistible casi, su valor á prueba. Pocas veces ó ninguna habia visto Segovia tres hombres mas completos, mas arrogantes, mas esforzados, mas dignos por todos estilos de llevar las armas y calzar la espuela de oro.

Aunque un poco á despecho por ver lastimado su amor nacional, sin embargo, el público tuvo que hacerles justicia y hubo de aplaudirles con entusiasmo y hasta con frenesí por la maravillosa pujanza y admirable bizarría de que dieron honrosísima muestra.

Eran en la arena tres rayos, tres leones. No habia modo de atacarlos con ventaja, no habia medio de vencerlos ni de hacerles siquiera bambolear en la silla, á la cual parecían clavados como estacas de hierro.

Varios caballeros, de las primeras lanzas de Castilla, se presentaron á reemplazar á los primeros competidores, pero sea que realmente tuviesen mas destreza y bravura, sea que sus antagonistas se presentaron desalentados, lo cierto es que en cuantos encuentros hubo, leváronse los mantenedores la palma y lo mejor de la contienda. Era en vano que el pueblo animase con gritos y aclamaciones á los castellanos; era en vano que las damas les incitaran saludándoles con sus bandas y pañuelos; era también en vano que el rostro del príncipe Don Enrique y de los que le rodeaban ostentasen las huellas de una profunda tristeza al ver que tan mal parado iba á quedar el orgullo nacional; sí, era en vano todo. Los mantenedores eran invencibles, habian visto á sus piés la flor de la caballería castellana, y no pocos antagonistas se habian visto muy rudamente tratados, y hasta hubo de retirarse alguno moribundo y dejando huellas de su sangre en el palenque.

Pruebas tales de valor y bizarría arredraron á muchos de los que se habian propuesto entrar en lid. Largo rato hacia ya que ningun campeón se presentaba en la arena, cuando al segundo toque de los clarines de los mantenedores, otro toque, pero de un solo clarín, respondió desde la puerta. Todos los ojos se volvieron hácia ella, algunos abrigando la secreta esperanza de ver aparecer al del capuz colorado.

Un caballero se presentó en efecto, pero no era ningun desconocido. En su arrogancia, en su jactanciosa postura, en sus orgullosos movimientos, en su aire verdaderamente fanfarron, reconocieron todos, mejor que en sus armas con que estaba decorado su escudo, á don Nuño de Torre la Selva.

Aplaudió el pueblo la aparición de don Nuño, porque no era á sus ojos mas que un nuevo paladín que iba á combatir por el honor nacional, pero las galerías permanecieron mudas á su aspecto, y hasta se notaron algunos movimientos de desagrado. El rostro mismo de Don Enrique retrató una visible señal de disgusto. En efecto, pobre Castilla si no se presentaba á luchar por ella otro mejor campeón que don Nuño. El de Torre la Selva era un hombre generalmente aborrecido por su vanidad insulsa y por su fátuo orgullo, y todos sabian poco mas ó menos cuántos quilates de valor podia tener su lanza.

Desde el instante en que apareció en el palenque se le juzgó perdido, y por lo mismo, antes de principiar ya habia perdido su encuentro todo el interés.

Empero, don Nuño, que no tenia formado de sí propio semejante concepto, sino que estaba por el contrario plena y satisfactoriamente convencido de que suyo iba á ser el honor de la jornada, adelantó con su presunción natural, saludó á Don Enrique y á doña Beatriz, y dió con desden y arrogancia una vuelta por el palenque, en tanto que su escudero subía á la plataforma é iba á herir con una varita el escudo de guerra del señor de Eretein.

Mientras que el conde Rodolfo se hacia traer un caballo de refresco y una nueva lanza, quiso tender la vista por el palenque y examinar quién podia ser el que le hacia el honor de exigirle á él en preferencia por

adversario, pero bastóle una de aquellas miradas de hombre práctico en conocer á sus competidores, para adivinar que poco le costaria vencer al temerario que le retaba á singular combate.

Montó pues á caballo y bajó paso á paso, como si despreciara al enemigo que se le presentaba, hasta colocarse frente al sitio ocupado por don Nuño.

Pronunciaron los heraldos la fórmula de costumbre, y los dos paladines se arrojaron uno contra otro. No dejó el castellano de salir airoso en este primer encuentro. La lanza del de Eretein habia dado en su escudo resbalándose en él, y la de don Nuño en el yelmo de su contrario, pero ambos habian pasado sin alcanzar ventaja.

Volvieron pues á sus puestos. En este segundo encuentro, el caballero mantenedor trató de asegurar mejor el golpe. Apuntó en mitad del broquel de su adversario, pero variando rápidamente de dirección en el momento de ir á encontrarse, dióle tan terrible golpe en el yelmo, acertándole tan exactamente, que caballo y caballero fueron del bote á rodar buen trecho por la arena. En cuanto á la lanza de don Nuño, apenas habia tocado al conde Rodolfo.

El público esperaba ver levantarse al caído, pero este permanecía inmóvil. Adelantáronse entonces los jueces del campo, y vieron que el golpe de la lanza habia sido tan fuerte, que las correas que sostenian el casco se habian roto, haciendo con ello chocar el yelmo contra el rostro del caballero hasta el punto de hacerle salir sangre por las narices y la boca. Don Nuño, que permanecía atontado del golpe, fué retirado en brazos de sus escuderos.

De nuevo volvió á quedar el campo por los mantenedores, y el público todo empezó á dudar que se presentara ya nadie mas á disputarles su triunfo que parecia deber tocarles de derecho por su destreza, por su suerte y su pujanza. Hasta mucho habian ya perdido la esperanza de ver justar al del capuz colorado, no faltando quien llegó á añadir que este último, á pesar de su valor y fama, sufriría la suerte de sus demás compañeros si osaba presentarse.

¿Quién era en efecto el que habia de poner coto á las proezas de los mantenedores? ¿quién era capaz de arrancarles el laurel de la jornada?

El desaliento crecía de una manera extraordinaria é iba ganando terreno en todos los corazones al ver que dos toques provocadores del clarín habian sonado á las puertas de las tiendas, sin que ningun nuevo lidiador se lanzara al palenque.

Ultimamente, resonó el tercero y último toque de desafío, y entonces, como si brotara del centro de la tierra, el son agudo de otro clarín contestó desde la puerta de Oriente admitiendo el reto. Al mismo instante se abrieron de par en par las puertas, y un caballero apareció en el umbral á los gritos entusiastas de la multitud, que veía por fin en él al campeón tan fervorosamente anhelado.

Era efectivamente el del capuz colorado.

Presentóse airoso y gallardamente, manejando con una soltura y gracia perfectas su caballo blanco. Iba cubierto con una armadura veneciana incrustada toda de ondas é hilos de oro formando extraños y caprichosos dibujos donde se reconocía el gusto oriental. Su casco liso y sin adornos ostentaba solo un triunfante plumero de balanceadoras plumas blancas y carmesíes, tan airosas y largas que iban á besar sus hombros á cada uno de sus movimientos. Su escudo, al revés del que llevaba en el torneo donde habia sellado con su valor la primera página de su nombradía, presentaba un cielo azul y despejado, sin la menor sombra de nube, con una plateada y radiante estrella que se elevaba en el extremo del horizonte. El mote decía: *Salud á mi estrella*. Por lo demás llevaba puesto sobre su armadura el capuz colorado que le diera la bella de las bellas, y cuyo nombre le habia conservado la fama.

Entró en el palenque el desconocido caballero en medio del mayor entusiasmo, al son de las mas estrepitosas aclamaciones, al ondear de las bandas de colores con que desde las galerías se le saludaba. Nunca la entrada de triunfador alguno en una liza ha sido mas completa.

La misma Beatriz de Guzman habia sentido una viva emoción al presentarse el campeón, y olas del mas puro color de rosa tiñeron sus nevas megillas.

Después de haber dado algunos pasos en la arena, quitóse el desconocido el capuz colorado y entrególo á su escudero. En seguida, manejando con una destreza suma el arrogante caballo cordobés, luciendo el esplendor de sus armas y la gentileza de su persona, ostentando cruzada al pecho la banda que habia ganado en la lid anterior, embellecido á los ojos del entusiasta concurso con todo el realce de la reputación mas completa y de la popularidad mas vasta, el campeón misterioso se adelantó, y al llegar ante el sòlio de la reina de la belleza, y ante el palco de Don Enrique hizo postar al caballo de rodillas obligándole á doblar hasta el suelo la cabeza.

Semejante prueba de maestría en el arte de equitación fué premiada con una salva de nutridos aplausos por parte del público, un amistoso saludo por parte del príncipe, y la mas hechicera de las sonrisas junto con la mas lánguida de las miradas por parte de la seductora hija de los Guzmanes.

Luego que hubo dado esta muestra y saludado al mismo tiempo con la lanza y la cabeza, inclinando la punta de la una hasta tierra y doblando la otra hasta el cuello de su caballo, hizo levantar á este y le obligó á retroceder con destreza suma hasta cerca de la misma

plataforma, donde volviéndose de pronto, y llegándose á la tienda de Gualtero de Vindeck, hirió atrevidamente su tarja de guerra. En seguida, bajó pausadamente á la liza, haciendo ejecutar á su caballo los mas difíciles ejercicios de equitación.

El jóven conde Gualtero salió sin demora de su tienda y fué á ponerse lanza en ristre frente de su contrario, orgulloso por el honor que recibía de ser el primer retado por el famoso caballero.

Dieron la señal los heraldos, y los dos se arrojaron uno contra otro. Entrambas lanzas dieron en pleno escudo con un choque terrible, pero eran demasiado buenos jinetes para ser desmontados, lo cual indubitablemente hubiera sucedido con otros caballeros de menos pujanza y destreza. La lanza del incógnito se habia roto en dos pedazcos quedándole uno de ellos en la mano, y habiendo obligado al corcel de su contrario á sentar las ancas en la arena, si bien fué solo por un rápido momento, pues le levantó en el acto su jinete. En cuanto á la lanza del de Vindeck, demasiado fuerte para romperse, se habia escapado de sus manos despues de haber hecho bambolear al desconocido en su silla.

Ambos guerreros volvieron riendas entre los aplausos de la multitud para correr nuevas lanzas, ya que las primeras ni al uno ni al otro habian dado ventaja.

Provisos de otras armas, de nuevo al oír la señal se arrojaron furiosos y se encontraron en medio del palenque. Esta vez el del capuz colorado habia escogido por blanco la visera, y el conde de Vindeck el broquel, hiriendo los dos con tan buena suerte, que el casco de Gualtero le fué arrancado de la cabeza, y que el incógnito perdió completamente los estribos, sosteniéndose solo á caballo por un milagro de equitación.

Tomó Gualtero otro casco y otra lanza, y fué á ocupar tercera vez su sitio respectivo. El de Vindeck conservó el mismo blanco; el incógnito se dirigió al yelmo.

Por rápida que fuera la señal, ya estaban los dos corriendo cuando se oyó. La lanza de Gualtero habia herido con tanta fuerza al caballero, que se rompió por el extremo, á cuatro ó cinco dedos del hierro, quedándole este hundido en la armadura; doña Beatriz se puso pálida creyéndole herido, Don Enrique se inclinó sobre el palco, y el público entero se levantó por impulso espontáneo. Comprendió el incógnito que él era la causa de todo aquel interés, y para demostrar que no estaba herido, se arrancó el hierro que habia en efecto traspasado la armadura, pero deteniéndose en el gorjal de malla interior. Por lo demás, su lanza habia acertado tan de medio á medio el yelmo de Gualtero, y habia sido el golpe tan violento, que el caballo levantó sus piés delanteros, y rompiéndole la cincha, envió al jinete á rodar por el polvo.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo en pié y desnudó su espada. El del capuz colorado se apresuró entonces á desmontar, y le recibió con el acero en la mano. Trabóse un combate terrible, y tanto mas interesante cuanto que ambos mostraban una habilidad superior en el manejo del arma que empuñaban. Largo rato duró sin ventaja particular por uno ni otro de los combatientes, hasta que cansado el de Vindeck de no concluir nunca, empuñó la espada con ambas manos, y descargó un fuerte golpe sobre el yelmo de su adversario. Tan violento fué y tanta resistencia halló, que la espada voló rota en pedazos y solo el puño le quedó en la mano.

Las leyes del torneo permitían al desconocido valerse de aquel accidente, aprovecharse de aquella ocasión, pero con una caballería que hizo profunda sensación en todo el público y que conmovió mas que á nadie al mismo de Vindeck, el cual habia completamente quedado á merced suya, se hizo un paso atrás, y bajó el acero cuya punta amenazaba el enemigo pecho.

Gualtero alargó la mano para recibir otra espada, que acudía á ofrecerle su escudero, pero antes el incógnito le presentó la suya por el puño, diciéndole con aquella voz dulce y cortés que ya le conocemos:

— Tomad la mia, caballero. Es una hoja toledana, y el nombre de su autor responde de su temple, aceptadla en memoria mia y como un recuerdo de antagonista tributado al valor de su contrario.

Gualtero vaciló un breve instante, pero admitiéndola al cabo:

— La acepto, dijo, pero á Dios no plegue que la espada que tan leal y valientemente os ha servido, se torne nunca contra vos. Me confieso vencido tanto por vuestro valor como por vuestra cortesía.

E inclinó la punta de su espada saludando al del capuz colorado. Los dos caballeros se abrazaron entonces, y una lluvia de aplausos cayó sobre ellos, confundiendo el público en sus mismos elogios al vencido y al vencedor.

El conde se retiró á su tienda, y el incógnito, despues de haber embrazado otra lanza y tomado otra espada, fué á golpear la tarja de guerra de Rodolfo de Eretein.

Salió este, orgulloso con sus victorias precedentes y reputándose invencible, pues que habia hecho morder el polvo á no pocas de las mejores lanzas de Castilla. A pesar de la aureola de nombradía con que se le presentaba rodeado el desconocido, creyó fácilmente que su suerte seria la de los demás combatientes que con él habian medido sus armas, y paso á paso, y con cierta desdeñosa indiferencia, fué á colocarse en el sitio designado. Lanza en ristre le aguardaba su adversario.

Llegado el instante, los dos se arrojaron con tal ímpetu que chocaron en medio de la gloriosa arena como dos mazas que se encuentran en su precipitada carrera y que una á otra se rechazan.

Esto sucedió en efecto; la violencia del golpe fué tal, que los caballos se quedaron clavados, plegados sobre

sus jarretes. Por lo que toca á los caballeros, el de Eretein se dobló hácia atrás hasta la grupa del corcel, como un árbol que se inclina, y el incógnito perdió un estribo, aunque volvió á recogerlo tan pronto que nadie apenas tuvo tiempo de advertirlo. Las lanzas se habian hecho pedazos.

Presentáronles otras los escuderos, y dispusiéronse á la segunda justa. Inmóviles se quedaron en su sitio frente á frente aguardando la señal. Esta se dejó oír, pero solo uno de los caballeros partió: el del capuz colorado.

En cuanto al de Eretein, permanecía en la misma inmovilidad, apoyada la mano derecha en la lanza que descansaba en el suelo. El desconocido se detuvo en mitad de su carrera admirado ante aquella extrañeza, y entonces fué cuando se vió á Rodolfo bambolear, soltar la lanza, extender los brazos y caer del caballo como un roble en la montaña bajo el hacha del leñador. Inmediatamente acudieron los jueces del campo, y entonces advirtieron por la sangre de su coraza que debía estar gravemente herido. Nada mas cierto; la lanza terrible del competidor, despues de haber atravesado el broquel, habia ido á hundirse bajo el espaldar. Fué retirado del campo en brazos de sus escuderos, y las trompetas proclamaron segunda vez vencedor al del capuz colorado.

Este saludó entonces á toda aquella multitud que le aclamaba, y dirigiéndose de nuevo á la plataforma, golpeó, poniendo toda la cortesía posible en su reto, la tarja guerrera del señor de Balse. El retado mantenedor dió un salto desde el interior hasta la puerta de su tienda.

— Gracias, desconocido caballero, le dijo, por hacerme el honor de medir vuestras armas con las mías, que quien ha vencido á las dos mejores lanzas de Alemania, debe ser muy grande y muy noble caballero.

El del capuz colorado se contentó con inclinar su lanza en cortés saludo, y su cabeza en señal de galantería. En seguida tornó á la liza, donde no tardó en ir á encontrarle Mice Roberto, pero solo despues de haber atentamente examinado sus armas, de haber desnudado su espada para probar el temple, y de haber colgado por sí mismo del arzon de su caballo la terrible hacha de armas.

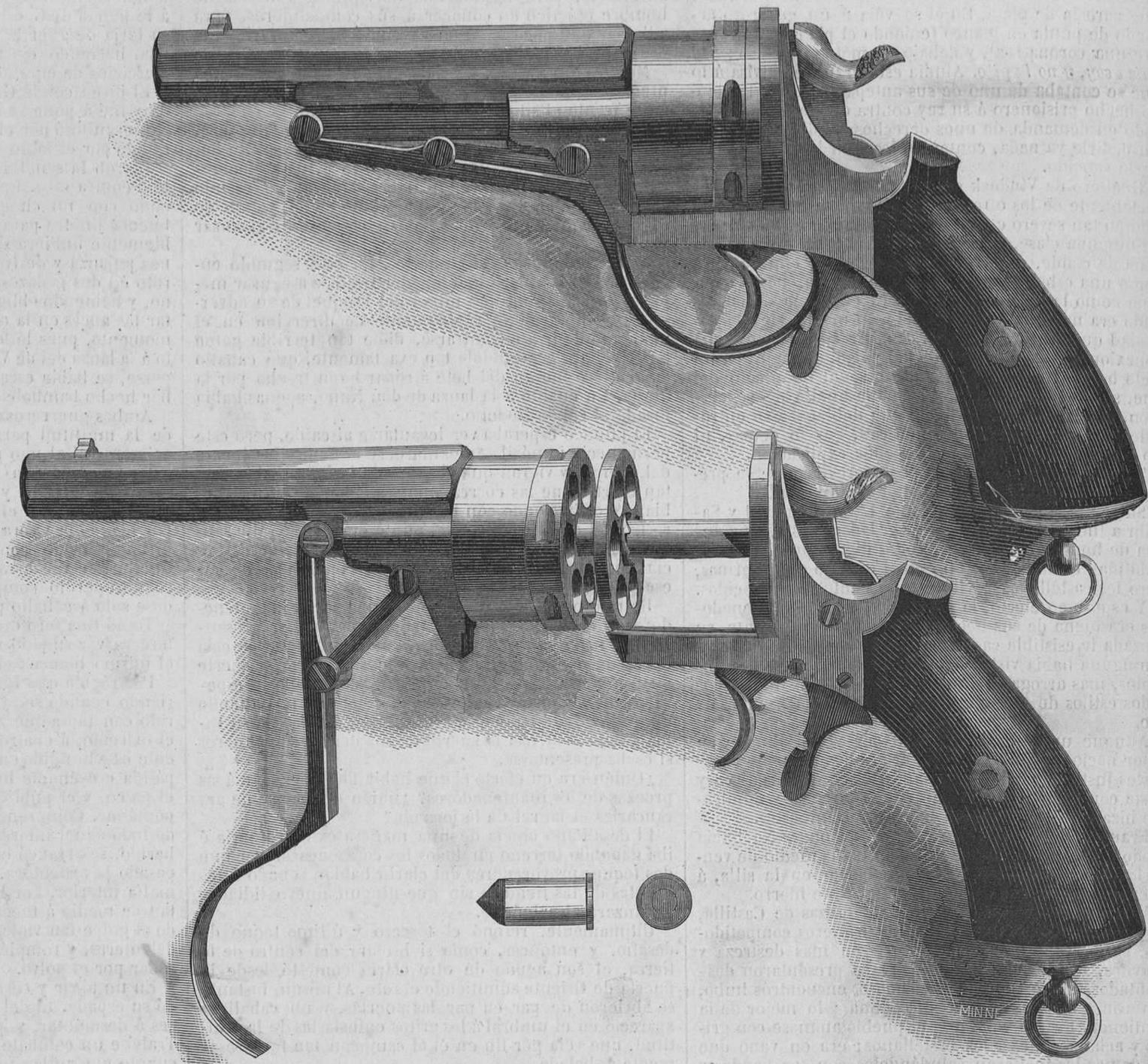
Hubo entre los espectadores un momento de angustia indecible, de curiosidad extraordinaria y de palpitante interés, cuando vieron en el palenque, y frente á frente, á los que podian muy bien pasar, atendida su fama, por los mejores caballeros de su tiempo. Cualquiera que entonces hubiese observado á la hermosa reina del torneo, la hubiera visto palidecer espantosamente bajo sus galas.

En cuanto á los espectadores de todas clases y categorías, tenian la vista fija, sin pestañear siquiera, en aquellos dos hombres, porque demasiado conocian que aquella iba á ser la justa decisiva del torneo; por eso les vieron con terrible ansiedad precipitarse uno sobre otro en medio del palenque como dos gigantes.

Ambas lanzas habian dado en mitad del pecho, rompiéndose en tres pedazos y quedándoles á cada uno un trozo en la mano, pero ni ellos ni sus caballos habian sufrido la menor desventaja. Hubiérase dicho que jinetes y cabalgaduras todo era de una pieza de hierro.

Corrieron segundas lanzas, y esta vez entrambos habian elegido por blanco el yelmo, que era la lanza mas difícil en la justa, por la destreza y tino que requería el clavar la pica en la frente de su contrario. Acertóse el golpe, pero se mantuvieron firmes los jinetes, circunstancia que revelaba en efecto su maestría de consumados caballeros.

Por un movimiento espontáneo y maquinal, conociendo que para ellos no servian, tanto el del capuz colorado como el de Balse arrojaron lejos de sí las lanzas y echaron mano á las espadas. Empezó entonces



Nuevo revolver, inventado por M. Galand.

una séria y verdadera lucha, las espadas rasgaban el aire como rayos, y los golpes eran dados y devueltos con tan asombrosa rapidez, que nadie hubiera advertido que habian tocado el escudo, el yelmo ó la coraza, á no ser por las chispas que en gran cantidad y seguidamente brotaban. Imposible era á la vista mas perspicaz y mas práctica seguir los movimientos ni contar si quiera los golpes. De pronto vióse tremolar en alto el acero de Mice Roberto y precipitarse como una cuchilla sobre el yelmo de su contrario, pero este vió la intencion y paró el golpe con su escudo. La espada cayó sobre él ruidosamente y se hizo añicos cual si de frágil cristal hubiera sido.

Quiso el del capuz colorado detenerse, con objeto de dar tiempo al señor de Balse para pedir otra espada, pero este, que se habia embriagado con la lucha como un bravo corcel al son guerrero del clarín, descolgó del arzon de su silla su hacha de armas, y en un momento la blandió majestuosamente en el aire.

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

El revolver Galand.

¿En dónde se detendrán los progresos del arte de la destruccion?

El antiguo fusil de munición, que lo principal que tenia era la bayoneta, ha sido reemplazado con el Chassepot, cuyos terribles efectos parece deben suprimir de hecho el empleo del yatagan, que es ya por sí mismo un terrible perfeccionamiento.

El cañon de artillería liso, de bala esférica, ha cedido el puesto al cañon rayado que hizo tantos destrozos en las filas austriacas en Solferino, y este á su vez ha sido destronado por las nuevas piezas de artillería que se cargan por la culata.

Las misteriosas metralladoras, los torpedos fulminan-

tes, la electricidad aplicada á la guerra, etc., tales son los nuevos instrumentos que cada pais acumula á porfía y que podrian producir un resultado bien diferente del que motiva esos formidables armamentos. Con efecto, ¿no está permitido creer que en presencia de los incalculables desastres que infaliblemente producirá el primer choque entre dos paises poderosos, se llegará á temer la responsabilidad terrible de la iniciativa?

Para completar ese arsenal de armas ofensivas y defensivas aparece hoy un nuevo revolver, que ciertamente dejará satisfechos á los mas exigentes.

Esta arma alcanza á mas de 200 metros.

A 100 metros la penetracion de las balas en la madera de abeto, es de 8 centímetros.

Su precision es tal, que todas las balas disparadas en los últimos experimentos, á la distancia de 50 metros, dieron todas en un blanco de 20 centímetros de radio.

La solidez y homogeneidad de este revolver son notabilísimas, pues se han suprimido en él todas las piezas frágiles como la baqueta.

Pero lo mas extraordinario en esta arma es la facilidad con que se carga y la expulsion de los residuos vacíos despues del tiro. Basta abrirla para que los cartuchos sean instantáneamente y simultáneamente arrojados. En los experimentos se ha visto que era posible descargar y volver á cargar los seis tiros del revolver cuatro veces en un minuto, esto es, que se pueden tirar 24 balas.

De dia, de noche, á pié ó á caballo, el arma se carga siempre fácilmente gracias á la disposicion particular de los compartimientos del cilindro.

El inventor es un francés, M. Ch. Galand, fabricante en Paris y en Lieja, que ha tenido la honra de presentar el revolver al emperador, quien le admiró sobremanera y le sometió á pruebas inmediatas, con el designio de que sirva desde luego á la gendarmería imperial.

Esta arma convendria no solo á este cuerpo distinguido, sino tambien á las tropas del cuerpo de ingenieros para la defensa de las trincheras, á la artillería para la defensa de las piezas y á los oficiales de todas armas; y hasta se trata de armar con revolvers á ciertos regimientos de caballería.

P. P.